

TESIS DE LYON

PROYECTO DE TESIS PRESENTADO POR LA IZQUIERDA AL III CONGRESO DEL P.C.d'I. (LYON, 1926).

Es difícil que un documento como éste no adolezca de cierta desproporción entre sus diferentes partes, pues el desarrollo de las discusiones hace que ciertos puntos y temas sean más actuales y deja otros, que pueden tener la misma importancia, en segundo plano. Para completar, en la medida de lo posible y en relación con otros textos conocidos, el pensamiento del grupo de compañeros que han redactado las presentes tesis, creemos que es útil hacer referencia a una serie de documentos que reflejan la misma orientación que se reafirma y defiende aquí, aunque no es fácil consultarlos hoy en día:

Tesis de Roma, votadas en el II Congreso del Partido Comunista de Italia el 26 de marzo de 1922. El texto presentado en el Congreso fue publicado en *Il Comunista* del 31-12-1921, nº 67; *L'Ordine Nuovo* del 3-1-1922, nº 2; *Il Lavoratore* del 5-2-1922, nº 4.960; *Rassegna Comunista* del 30-1-1922, nº 17. Las escasas correcciones introducidas por el Congreso en el texto original se publicaron en *Il Comunista* del 4-4-1922, nº 95; *Il Lavoratore* del 5-4-1922, nº 5.014, *L'Ordine Nuovo* del 6-4-1922, nº 96; y *Rassegna Comunista* del 31-7-1922, nº 26.

Tesis sobre la táctica de la Internacional Comunista, presentadas al IV Congreso de la Internacional Comunista. Fueron publicadas en el nº 16 de *Stato Operaio* del 6-3-1924.

Programa de acción del Partido Comunista italiano, presentado al IV Congreso de la Internacional Comunista y publicado en el número citado de *Stato Operaio*.

Las *mociones y tesis* aprobadas en la conferencia nacional (consultiva) del Partido Comunista italiano de mayo de 1924 y publicadas en *Stato Operaio* del 18-3-1924, nº 16.

Tesis sobre la táctica de la Internacional Comunista, presentadas al V Congreso Internacional. Fueron publicadas (en francés y alemán) en el Boletín del V Congreso, nº 20 del 8-7-1924.

I. CUESTIONES GENERALES

1. PRINCIPIOS DEL COMUNISMO

Los principios doctrinales del partido comunista son los del marxismo, restaurado gracias a la lucha contra las desviaciones oportunistas y que constituye el fundamento de la III Internacional: el materialismo dialéctico, como concepción del mundo y de la historia humana; las doctrinas económicas fundamentales contenidas en *El Capital* de Marx, como método de interpretación de la economía capitalista actual; las formulaciones programáticas del *Manifiesto Comunista*, como esquema histórico y político de la emancipación de la clase obrera mundial. La grandiosa experiencia victoriosa de la revolución rusa y la obra de su jefe, Lenin, maestro del comunismo internacional, constituyen la confirmación, la restauración y el desarrollo consecuente de este sistema de principios y métodos. No es comunista ni puede militar en las filas de la Internacional quien rechace aunque sólo sea una parte de este sistema.

Por tanto, el Partido Comunista rechaza y condena las doctrinas de la clase dominante, tanto las teorías espirituales y religiosas –idealistas en filosofía y reaccionarias en política–, como las teorías positivistas librepensadoras de corte voltaireano –que en su aspecto político son masónicas, anticlericales y democráticas–.

El Partido Comunista condena igualmente esas escuelas políticas que cuentan con cierta audiencia en la clase obrera, como son: el reformismo socialdemócrata, que concibe una evolución pacífica y sin lucha armada del poder capitalista al poder obrero y defiende la colaboración de clases; el sindicalismo, que desprecia la acción política de la clase obrera y la necesidad del partido como órgano revolucionario supremo; el anarquismo, que niega la necesidad histórica del Estado y de la dictadura proletaria para transformar el orden social y suprimir la división de la sociedad en clases. Del mismo modo, el Partido Comunista combate las múltiples manifestaciones de ese revolucionarismo espurio, denominado con el ya famoso nombre de “centrismo”, que trata de conservar estas tendencias erróneas combinándolas con unas tesis aparentemente comunistas.

2. NATURALEZA DEL PARTIDO

El proceso histórico de la emancipación del proletariado y de la fundación del nuevo orden social deriva de la lucha de clases. Toda lucha de clases es una lucha política, o sea, que tiende a desembocar en una lucha por la conquista del poder político bajo la dirección de un nuevo organismo estatal. *Por consiguiente, el órgano que conduce la lucha de clases a su victoria final es el partido político de clase, único instrumento posible para la insurrección revolucionaria primero, y para el gobierno, después.* A partir de estas elementales y geniales afirmaciones de Marx, que Lenin puso de nuevo al descubierto, el partido puede definirse como la organización de todos aquellos que se suman al sistema de opiniones que resume la tarea histórica de la clase revolucionaria y que están resueltos a trabajar para su victoria. Gracias al partido, la clase obrera adquiere conciencia del camino que debe recorrer y la voluntad de emprenderlo; *por lo tanto, en las sucesivas fases de la lucha, el*

partido representa históricamente a la clase, aunque no agrupe más que a una parte más o menos grande de ésta. Este es el significado de la definición del partido que dio Lenin en el II Congreso mundial.

Esta concepción de Marx y de Lenin se contrapone a la concepción típicamente oportunista de un partido laborista u obrerista en el que todos los individuos de condición proletaria son miembros de pleno derecho. En semejante partido, aunque numéricamente pueda ser más fuerte, es evidente que en ciertas situaciones puede e incluso debe prevalecer la influencia contrarrevolucionaria de la clase dominante (reflejada en la dictadura de organizaciones y dirigentes que individualmente proceden tanto del proletariado como de otras clases). Por eso Marx y Lenin combatieron este error teórico fatal, y no dudaron en hacer pedazos esa falsa unidad proletaria para conservar, en los momentos de eclipse de la actividad social del proletariado, la continuidad de la función política del partido (que consiste en preparar al proletariado para las tareas sucesivas) a través de pequeños grupos políticos adheridos al programa revolucionario. Este es el único camino posible para poder concentrar en un futuro a la mayor parte posible de trabajadores bajo la dirección y la bandera de un Partido Comunista capaz de combatir y de vencer.

Una organización *inmediata* de todos los que, económicamente hablando, son obreros, es incapaz de asumir tareas políticas, o sea, revolucionarias, pues los grupos profesionales y locales no se ven impulsados a actuar más que de manera limitada, para la satisfacer las exigencias parciales que provocan las consecuencias directas de la explotación capitalista. Sólo un partido político definido por la adhesión *política* de sus miembros, situándose a la cabeza de la clase obrera, es capaz de sintetizar progresivamente esos impulsos particulares en una visión y una acción común, en la cual los individuos y grupos logran superar todo particularismo, aceptando las dificultades y sacrificios para el triunfo general y final de la causa de la clase obrera. Cuando Marx y Lenin definían el partido como el “partido de la clase obrera”, esto para ellos no tenía un sentido estadístico o estatutario, sino que tenía que ver con los objetivos históricos del proletariado.

Toda enfoque de los problemas de la organización interna del partido que caiga de nuevo los errores propios de la concepción laborista, revela una grave desviación teórica, en la medida en que sustituye la perspectiva revolucionaria por la democrática y atribuye más importancia a los proyectos utópicos de organización que a la realidad dialéctica del choque de clases opuestas; representa un peligro de recaída en el oportunismo. En lo que respecta a los peligros de degeneración del movimiento revolucionario y a los medios que garantizan la necesaria continuidad en la orientación política de los jefes y militantes, no se pueden eliminar dichos peligros mediante una fórmula organizativa. Y menos aún suprimirlos con esa fórmula que afirma que sólo los auténticos trabajadores pueden ser comunistas, una fórmula que se ve desmentida por la inmensa mayoría de los ejemplos que nuestra propia experiencia nos ha suministrado, en lo que respecta a los individuos y los partidos. La garantía contra la degeneración hay que buscarla en otra parte, si no queremos contradecir ese postulado marxista fundamental: “*La revolución no es una cuestión de formas de organización*”, que resume las conquistas del socialismo científico frente a los primeros balbuceos del socialismo utópico.

Partiendo de este concepto de la naturaleza del partido de clase es como hay que resolver los actuales problemas referentes a la organización interna de la Internacional y del partido.

3. ACCIÓN TÁCTICA DEL PARTIDO

La forma de actuar del partido en las distintas situaciones y en relación a los diferentes grupos, organismos e instituciones de la sociedad en la que se desenvuelve, es lo que constituye su táctica. Una táctica cuyos elementos generales hay que definir partiendo del conjunto de nuestros principios. Posteriormente, habrá que precisar las normas de acción concretas que responden a los diferentes tipos de problemas prácticos y a las sucesivas fases del desarrollo histórico.

Al asignar al partido revolucionario su puesto y su función en la génesis de una nueva sociedad, la doctrina marxista aporta la más brillante de solución al problema de la libertad y la determinación en la actividad del hombre. Mientras éstas se planteen haciendo referencia al “individuo” abstracto, dicho problema seguirá ofreciendo durante mucho tiempo materia para las elucubraciones metafísicas de los filósofos de la clase dominante y decadente. El marxismo saca a la luz una concepción científica y objetiva de la sociedad y de la historia. Nuestra concepción se aleja mucho de esa idea de que el individuo, cualquier individuo, puede actuar sobre el ambiente externo deformándolo y moldeándolo a su gusto, en virtud de un poder de iniciativa de carácter casi divino; por tanto, rechazamos esa concepción voluntarista del partido según la cual éste consiste en un pequeño grupo de hombres que, tras hacer profesión de fe, deben difundirla e imponerla al mundo con un gigantesco esfuerzo de voluntad, actividad y de heroísmo. Por otro lado, pensar que la historia y la revolución obedecen a leyes fijas y que por tanto no tenemos más que descubrir estas leyes mediante un estudio objetivo y tratar de formular previsiones de cara al futuro, quedándonos al margen del terreno de la actividad, es concebir el marxismo de forma aberrante y estúpida: semejante concepción fatalista equivale a negar la necesidad y la función del partido. En su potente originalidad, el determinismo marxista no se sitúa a medio camino entre estas dos concepciones, sino que supera a ambas. Dialéctico e histórico, rechaza todo apriorismo y no pretende aplicar la misma solución abstracta a todos los problemas, sea cual sea la época y los grupos humanos. Si el actual desarrollo de las ciencias no permite conocer completamente las causas que llevan a cada individuo a obrar según ciertos hechos físicos y biológicos, desembocando en una ciencia de las actividades psicológicas, el problema, sin embargo, sí que puede resolverse en el campo de la sociología, aplicando como lo hizo Marx los métodos de investigación propios de la moderna ciencia positiva y experimental, que el socialismo hereda íntegramente, y que son algo totalmente distinto a esa filosofía materialista y positivista que la clase burguesa adoptó en el curso de su ascenso histórico. Teniendo así en cuenta las influencias recíprocas entre los individuos, y gracias al estudio crítico de la economía y de la historia, tras haber allanado el camino de todo prejuicio ideológico tradicional, se puede eliminar en cierto sentido esa indeterminación en el proceso que se desarrolla dentro de cada individuo. Partiendo de esta base, el marxismo ha logrado establecer un sistema de nociones que no es un evangelio inmutable y fijo, sino un instrumento vivo que permite estudiar y descubrir las leyes del proceso histórico. El fundamento de este sistema reposa en el determinismo económico descubierto por Marx, para quien el estudio de las relaciones económicas y del desarrollo de los medios técnicos de producción ofrece una plataforma objetiva desde la cual poder desarrollar sólidamente los enunciados de las leyes de la vida social y, en cierta medida, prever su desarrollo ulterior. Dicho todo esto, hay que señalar que la solución final del problema planteado no consiste en que, una vez hallada esta clave universal, basta con dejar que los fenómenos económicos se desarrollen según sus leyes inmanentes para que se produzcan toda una serie determinada y prevista de hechos políticos.

Lo que nuestra crítica ciertamente desprecia completa y definitivamente, no es tanto la acción los individuos que parecen ser los protagonistas de los hechos históricos como las intenciones y las perspectivas de las que ellos se imaginan que deriva esta acción; pero esto no significa que un organismo colectivo como es el partido de clase no pueda ni deba tener iniciativa y voluntad propias. La solución a la que llega el marxismo ya ha sido formulada varias veces en nuestros textos fundamentales.

La humanidad y sus agrupaciones más potentes, como son las clases, los partidos y los Estados, hasta ahora han sido prácticamente juguetes en manos de las leyes económicas, que ellos ignoraban esencialmente. Privados de la conciencia teórica del proceso económico, eran incapaces de dirigirlo y gobernarlo. Pero el problema se modifica para la clase que surge en la presente época histórica, el proletariado, y para las agrupaciones políticas –partido y Estado– que deben emanar de ésta clase. Ella es la primera cuyo ascenso no se basa en la consolidación de sus privilegios sociales y en la división de la sociedad en clases para someter y explotar a una nueva clase. Al mismo tiempo, es la primera que logra forjar una doctrina del desarrollo económico, histórico y social: el comunismo marxista, precisamente.

Por primera vez, pues, una clase combate por la abolición de las clases en general y por la abolición general de la propiedad privada de los medios económicos, y no sólo por una transformación de las formas sociales de esa propiedad.

El programa del proletariado es tanto su emancipación de la clase dominante y privilegiada actual, como la emancipación de la colectividad humana respecto a la tiranía de las leyes económicas, que una vez comprendidas podrán ser dominadas en una economía finalmente racional y científica, en la que intervendrá directamente la labor del hombre. Por esto, y en este sentido, Engels escribió que la revolución proletaria señala el paso del mundo de la necesidad al de la libertad.

Esto no implica resucitar el ilusorio mito del individualismo, que pretende liberar el Yo humano de las influencias externas, cuando lo que sucede en realidad es lo contrario, es decir, que su dependencia cada vez es más amplia y diversa, a medida en que cada vez es más difícil separar la vida individual de la colectiva. El problema se plantea en otro terreno: la libertad y la voluntad le corresponden a la clase que está destinada a convertirse en la agrupación unitaria de la propia humanidad, que llegado el día sólo tendrá que luchar contra las fuerzas adversas externas del mundo físico.

Sólo la humanidad proletaria, de la que aún estamos lejos, será libre y tendrá una voluntad que no será ya ilusión sentimental, sino que reflejará su capacidad de organizar y de dominar la economía en el más amplio sentido de la palabra. Si bien es cierto que hoy en día la actividad de la clase proletaria sigue estando *limitada* por influencias externas, aunque en menor medida que la de otras clases, por otra parte el partido político es el órgano en el cual se concentra, precisamente, la máxima voluntad e iniciativa en todo el campo de su actividad (no cualquier partido, por cierto, sino el partido de la clase proletaria, el partido comunista, ligado, por así decirlo, por un hilo ininterrumpido a sus objetivos finales). En el partido, dicha facultad volitiva, así como su conciencia y preparación teórica, son funciones colectivas por excelencia. Desde el punto de vista marxista, el partido considera a sus propios jefes como instrumentos y operadores a través de los cuales se manifiesta mejor la capacidad de comprender y explicar los hechos, de dirigir y deseñar las acciones, pero esta capacidad siempre tiene su origen en la existencia del partido y en sus características como órgano colectivo. Por consiguiente, el

concepto marxista del partido y de su actividad, como ya hemos dicho, rechaza tanto el fatalismo pasivo que se contenta con esperar a que lleguen unos fenómenos sobre los se ve incapaz de influir directamente, como todo voluntarismo en un sentido individual, según el cual hay que exigir a todo militante del partido una determinada preparación teórica, fuerza de voluntad y espíritu de sacrificio, en suma, un tipo especial de rectitud moral y una especie de “pureza”, como si el partido consistiera en una especie de *élite* separada y superior al resto de los elementos sociales que componen la clase obrera. Por su parte, el error del fatalismo pasivo conduce, si no a negar la función y la utilidad del partido, al menos a alinearlos sin más junto a la clase proletaria, en el sentido económico o estadístico. Por tanto, insistimos en las conclusiones esbozadas en la tesis precedente sobre la naturaleza del partido, condenando tanto el concepto obrerista del partido como el de una *élite* intelectual y moral: ambos están alejados del marxismo y están destinados a confluir en la vía del oportunismo.

Al definir la táctica general del partido en función de su naturaleza, el marxismo se aleja tanto de las elucubraciones abstractas de los doctrinarios que huyen de la realidad de la lucha de clases y desprecian la actividad concreta, como de esos sentimentales estetas que pretenden crear nuevas situaciones y movimientos históricos mediante gestos heroicos y destacados por parte de unas exiguas minorías; del oportunismo que olvida la relación de la táctica con los principios, es decir, con los objetivos finales del movimiento, y que fijándose únicamente en el éxito inmediato y aparente se limita a hacer reivindicaciones limitadas y aisladas sin preocuparse en saber si éstas contradicen las necesidades que requiere la preparación de la clase obrera para las conquistas supremas. La política anarquista adolece a la vez de esterilidad doctrinaria, pues es incapaz de comprender las etapas dialécticas de la evolución histórica real, y de ilusión voluntarista, al ilusionarse con poder anticipar los procesos sociales gracias a la eficacia del ejemplo y del sacrificio de uno o de unos pocos. La política socialdemócrata conjuga una falsa interpretación fatalista del marxismo con el pragmatismo voluntarista. Por un lado afirma que la revolución madurará lentamente, por sí misma, sin necesidad de ninguna intervención voluntaria de la insurrección proletaria; por otro, tratando de obtener resultados inmediatos en sus esfuerzos cotidianos, se contenta con luchar por objetivos que interesan sólo aparentemente a algunos grupos del proletariado, pero cuyo logro sirve al juego conservador de la clase dominante, en vez de ayudar a la preparación de la victoria del proletariado: reformas, concesiones, ventajas parciales, económicas y políticas por parte de la patronal y del Estado burgués.

La introducción artificial en el movimiento clasista de los preceptos teóricos de la “moderna” filosofía voluntarista y pragmática (Bergson, Gentile, Croce), de base idealista, no hace más que preparar la afirmación oportunista de nuevas fases reformistas, y no puede considerarse como una reacción al reformismo, pues refleja ciertas analogías exteriores con el positivismo burgués.

La actividad del partido no puede ni debe limitarse sólo a la conservación de la pureza de los principios teóricos y organizativos, ni tampoco a lograr a cualquier precio éxitos inmediatos y gran popularidad. Debe desarrollarse simultáneamente en tres direcciones:

a) defender y precisar, en función de los nuevos hechos que se produzcan, los postulados programáticos fundamentales, o sea, la conciencia teórica del movimiento de la clase obrera;

b) asegurar la continuidad de la organización del partido y de su eficacia, y protegerle contra influencias extrañas opuestas al interés revolucionario del proletariado;

c) participar activamente en todas las luchas de la clase obrera, incluso en las suscitadas por intereses parciales y limitados, para alentar su desarrollo, pero ligándolas constantemente con los objetivos revolucionarios finales y presentando las conquistas de la lucha de clase como vías de paso hacia las indispensables luchas futuras, denunciando el peligro que conlleva replegarse en las conquistas parciales consideradas como un fin en sí mismo y sacrificar ante ellas los requisitos que hacen posible tanto la actividad y combatividad clasista del proletariado, como la autonomía e independencia de su ideología y de sus organizaciones, en el primera fila de las cuales está el partido.

El objetivo supremo de esta compleja actividad del Partido es realizar las condiciones *subjetivas* que requiere la preparación del proletariado, para ponerle en condiciones de aprovechar las posibilidades revolucionarias objetivas que ofrezca la historia, en cuanto éstas se manifiesten, de manera que termine saliendo vencedor en la lucha y no vencido.

Hay que partir de esta base para resolver los problemas que plantean las relaciones entre el partido y las masas proletarias, y entre el partido y los otros partidos políticos, así como entre el proletariado y el resto de clases sociales. Debe considerarse errónea la formulación táctica que dice que todo verdadero partido comunista debe estar en condiciones de convertirse *en cualquier situación* en un partido de masas, o sea, tener una organización muy numerosa y una amplia influencia política sobre el proletariado, por lo menos la suficiente para superar al resto de partidos supuestamente obreros. Esta formulación es una caricatura de las tesis de Lenin, el cual en 1921 establecía una consigna práctica y contingente correctísima: para la conquista del poder no basta con haber formado “verdaderos” partidos comunistas y lanzarlos a la ofensiva insurreccional, sino que también es necesario contar con partidos numéricamente potentes y con una influencia predominante sobre el proletariado. Dicha fórmula equivale a la afirmación de que, en el período que precede a la conquista del poder y en el cual se avanza hacia esta última, el partido debe tener consigo a las masas, que ante todo debe conquistar a las masas. En dicha fórmula lo único peligroso en cierto sentido es la expresión “la *mayoría* de las masas”, porque ha expuesto y expone aún a esos leninistas “alpiedela letra” al peligro de caer en interpretaciones teóricas y tácticas socialdemócratas y porque al no precisar si esta mayoría hay que lograrla en los partidos, en los sindicatos, o en otros órganos, allana el camino —a pesar de expresar un concepto correcto que pretende evitar el peligro práctico de emprender acciones “desesperadas” con fuerzas insuficientes y en periodos desfavorables— a otro peligro, el de la contemporización en aquellos periodos en los que la acción es posible y necesaria, que es cuando sí que hay que demostrar una resolución y una iniciativa verdaderamente “leninistas”. Pero esta fórmula según la cual el partido debe tener consigo a las masas en vísperas de la lucha por el poder, ha sido torpemente interpretada por los actuales pseudo-leninistas, que la han convertido en una fórmula típicamente oportunista al afirmar que el partido debe ser un partido de masas “en cualquier situación”. Hay situaciones objetivas en las que la correlación de fuerzas es desfavorable para la revolución (aunque unas pueden durar más que otras, ya que la evolución histórica, como enseña el marxismo, presenta velocidades muy distintas). En estas condiciones, pretender ser a toda costa un partido de masas, un partido mayoritario, pretender ejercer una influencia política predominante a cualquier precio, no puede conducir más que a renunciar a los principios y a los métodos comunistas, a una política socialdemócrata y pequeño-burguesa. Hay que decir bien alto que en ciertas situaciones, pasadas, presentes y futuras, la mayoría del proletariado estuvo, está y estará obligatoriamente sobre posiciones no revolucionarias, dejándose llevar o colaborando con el enemigo según los casos; pero, a pesar de todo, el proletariado sigue siendo en todo caso la clase

potencialmente revolucionaria y depositaria de la potencial insurrección, en la medida en que en su seno exista un partido comunista que, sin renunciar jamás a cualquier posibilidad de afirmarse y manifestarse de manera coherente, deberá evitar las vías que parecen más fáciles para lograr la popularidad inmediata, unas vías que lo desvían de su tarea y privan al proletariado del punto de apoyo indispensable para su retorno a la senda revolucionaria. Desde esta perspectiva dialéctica y marxista, y no desde el plano estético y sentimental, hay que rechazar la estúpida fórmula oportunista según la cual un partido comunista puede adoptar cualquier medio y cualquier método. Afirmar que el partido, precisamente por ser un partido verdaderamente comunista, es decir, por tener unos sanos principios y una sana organización, se puede permitir hacer las maniobras políticas más acrobáticas, es olvidar que para nosotros el partido es al mismo tiempo un factor y un producto del desarrollo histórico, y que ante la fuerza de este desarrollo el proletariado se comporta como una materia aún más plástica que el partido. Lo que influye al proletariado no son tanto las explicaciones tortuosas que los dirigentes del partido se ven obligados a dar para justificar esas “maniobras”, como los efectos reales de esa política, efectos que es necesario saber prever principalmente a través de la experiencia de los errores pasados. Sólo mediante la táctica correcta y rechazando enérgicamente los atajos con normas de acción precisas y respetadas, puede el partido evitar la degeneración, y no con meros *credos* teóricos y sanciones organizativas.

Existe otro error en esta cuestión general de la táctica que recuerda a la clásica posición oportunista refutada por Marx y Lenin. Consiste en afirmar que cuando la lucha de clases y de partidos políticos aún no se sitúa en su terreno específico [es decir, cuando la lucha de clases y partidos no enfrenta clara y directamente al proletariado y la burguesía], el partido debe elegir cuál de las dos fuerzas [burguesas] en liza favorece más el desarrollo de la evolución histórica general, y apoyarla o aliarse con ella más o menos abiertamente con el argumento de que las condiciones para el triunfo de la revolución proletaria total, que terminarán por llegar (y de las que el partido será un factor más, llegado el momento), sólo madurarán mediante una evolución de las formas políticas y sociales.

Semejante política está viciada desde sus bases: ese típico esquema de una evolución social y política prevista en todos sus detalles y que supuestamente ayuda a preparar la llegada del comunismo, es una concepción del “marxismo” propia de oportunistas, y es en esto en lo que se basan las difamaciones de todos los Kautsky a la revolución rusa y al movimiento comunista actual. Ni siquiera se puede decir que, en general, las condiciones más favorables para el trabajo del partido comunista se dan en ciertos tipos de régimen burgués, por ejemplo, en los más democráticos. Si bien es verdad que las medidas reaccionarias y de “derecha” de los gobiernos burgueses han parado muchas veces los pies al proletariado, no es menos cierto, y sucede con mucha más frecuencia, que la política liberal y de *izquierda* de los gobiernos burgueses ahoga muchas veces la lucha de clases y aparta a la clase obrera de acciones decisivas. Un análisis más atento y realmente ligado a la ruptura del marxismo con la seducción democrática, con su evolucionismo y su progresismo, nos demuestra que la burguesía intenta alternar periódicamente sus métodos y sus partidos de gobierno, según su interés contrarrevolucionario, y de hecho a menudo lo logra. Toda nuestra experiencia nos demuestra, por otra parte, que cuando el proletariado se apasiona por las vicisitudes de la política burguesa el oportunismo siempre termina triunfando.

En segundo lugar, aunque fuera cierto que en el contexto del régimen actual algunos cambios de gobierno facilitan el desarrollo ulterior de la actividad del proletariado, la experiencia demuestra hasta la evidencia que esto depende expresamente de una cosa: de que exista un partido que advierta previamente a las

masas de la desilusión que llegará después de eso que se ha presentado como un éxito inmediato; y esto no sólo requiere simplemente la existencia del partido, sino también que éste sea capaz de actuar, incluso antes de comenzar la lucha a la que aquí nos referimos, con una autonomía evidente ante el proletariado, pues éste no seguirá al partido sino dependiendo de cuál sea su actitud concreta y no de los esquemas que adopte oficialmente. Por lo tanto, el partido comunista, cuando se encuentra en presencia de unas luchas que no pueden desembocar en la victoria proletaria, no se convertirá en el garante de unas transformaciones y realizaciones que no interesan directamente a la clase que representa, y no renunciará ni a su carácter propio ni a su actitud autónoma para participar en esa especie de compañía de seguros tan beneficiosa para todos los movimientos políticos supuestamente “renovadores”, o para todos los sistemas políticos y gobiernos amenazados por un gobierno supuestamente “peor”.

Hay quien suele esgrimir contra las exigencias que implica esta línea de acción esa fórmula de Marx según la cual “los comunistas apoyan todo movimiento dirigido contra las condiciones sociales existentes”, así como la doctrina de Lenin en *La enfermedad infantil del comunismo*. Este tipo de maniobras dentro de nuestro movimiento en el fondo no se diferencian de los constantes intentos de revisionistas y centristas, a la Bernstein o a la Nenni, por burlarse de los revolucionarios marxistas en nombre de Marx y de Lenin.

Hay que señalar un par de cosas. Lo primero es que estas posturas de Marx y Lenin tienen un alcance histórico limitado, pues Marx se refiere a una Alemania que aún no era burguesa, y la experiencia bolchevique que relata Lenin en su obra se refiere a la Rusia zarista. Esta no es la base de la que parte la solución del problema táctico en su situación clásica, es decir, cuando el proletariado lucha con una burguesía capitalista plenamente desarrollada. En segundo lugar, el apoyo del que habla Marx (así como los “compromisos” de los que habla Lenin, que prefería emplear este término más por “coquetería” de magnífico dialéctico marxista que por otra cosa, siendo el propio Lenin el campeón, como lo fue, de una intransigencia para nada formal, sino desplegada hacia un objetivo inmutable), es un apoyo a unos movimientos que aún se ven obligados a abrirse camino a través de la insurrección contra las formas pasadas, aunque eso contradiga eventualmente la ideología y la voluntad de sus dirigentes; por tanto, la intervención del partido comunista se lleva a cabo en el terreno de la guerra civil, como lo demuestra la postura de Lenin en la cuestión campesina y en la de las nacionalidades, en el episodio Kornilov y en tantos otros. Al margen de estas dos observaciones esenciales, el sentido de la crítica que hace Lenin al infantilismo, y el de todos los textos marxistas sobre la flexibilidad de la política revolucionaria, no contradice para nada el hecho de que ellos mismos levantaran voluntariamente una barrera contra el oportunismo, al que Engels y después Lenin definieron como “ausencia de principios”, el olvido del objetivo final.

Elaborar la táctica comunista siguiendo un método no dialéctico, sino formalista, equivale a renegar de Marx y Lenin. Sería un error garrafal afirmar que, en relación a los objetivos, los medios deben tener una correspondencia ética, psicológica o estética, en lugar de una verdadera correspondencia histórica y dialéctica. No debemos cometer en materia táctica el mismo error que cometen anarquistas y reformistas en materia de principios cuando creen que es absurdo emplear el dominio de clase y el Estado dictatorial del proletariado para suprimir las clases y el poder del Estado, o para la ofensiva violenta que destruye el poder actual, o para la defensa que conserva el poder proletario, para abolir toda violencia social. Del mismo modo, se equivoca quien afirma que un partido revolucionario debe estar en todo momento a favor de la lucha sin tener en cuenta la correlación entre las fuerzas amigas y enemigas; que en una huelga, por ejemplo, el comunista debe defender su

continuación indefinida; que un comunista debe rechazar ciertos medios, como el disimulo, la astucia, el espionaje, etc., porque carecen de nobleza y son pocos simpáticos. La crítica marxista y de Lenin contra este pseudo-revolucionarismo superficial que envenena el movimiento proletario constituye precisamente un esfuerzo por resolver los problemas tácticos sin recurrir a esos criterios estúpidos y sentimentales. Y esta crítica ya forma parte integrante de la experiencia del movimiento comunista.

Entre los errores tácticos que esta crítica permite sortear, podemos citar el que afirma que, dado que los comunistas deben escindirse políticamente de los oportunistas, también deben provocar una escisión en los sindicatos dirigidos por los amarillos. Y es que esos reproches que hace tiempo soporta la Izquierda Italiana, de cuyos argumentos hay quien saca conclusiones como la de que es una deshonra para los comunistas tener tratos personales con los jefes oportunistas y otras cosas por el estilo, únicamente son fruto de una polémica surgida por mala fe.

Criticar al infantilismo no significa que en materia de táctica deba reinar la indeterminación, el caos y la arbitrariedad, que “todos los medios valen” para alcanzar nuestros objetivos. Hay quien dice que la correspondencia entre los medios y los fines la garantiza la propia naturaleza revolucionaria del partido, o la contribución que aportan a sus decisiones algunos hombres insignes o algunos grupos que tienen tras de sí una brillante tradición. Este es un principio ajeno al marxismo, pues se abstrae del juego dialéctico entre las causas y los efectos así como del hecho de que los medios que emplea el partido en su actividad repercuten en el propio partido. Olvida también que para el marxismo las “intenciones” que presiden las iniciativas de los individuos o los grupos carecen de valor, sin contar con que, dadas las sangrientas experiencias pasadas, estas intenciones siempre pueden despertar sospechas, en el sentido no ofensivo de la palabra.

En su libro sobre *La enfermedad infantil del comunismo*, Lenin dice que los medios tácticos hay que predeterminarlos en función del objetivo final revolucionario, gracias a una clara visión histórica de la lucha del proletariado y de su desenlace. Demuestra que sería absurdo descartar un medio táctico sólo porque parezca “feo” o se pueda definir como un “compromiso”; por el contrario, lo que hay que saber es si ese medio responde o no al fin. La actividad colectiva del partido y la Internacional plantea y seguirá planteando este problema, y a ellos les corresponde resolverla. En materia de principios teóricos, podemos decir que Marx y Lenin nos han legado una sólida herencia, lo que no quiere decir que el comunismo haya agotado sus investigaciones teóricas. Sin embargo, en materia táctica no ocurre lo mismo, ni siquiera después de la revolución rusa y de la experiencia de los primeros años de la nueva Internacional, que se vio privada de Lenin demasiado pronto. El problema de la táctica es demasiado amplio como para resolverlo con las respuestas simplistas y sentimentalistas de los comunistas “infantiles”, hay que profundizar en él con ayuda de todo el movimiento comunista internacional, a la luz de toda su experiencia pasada y reciente. No contradecimos a Marx ni a Lenin cuando afirmamos que la resolución de ese problema debe orientarse hacia la búsqueda de unas reglas de acción que, sin llegar a ser vitales y fundamentales como los principios, deben ser no obstante obligatorias tanto para los militantes como para los órganos dirigentes del movimiento, unas reglas que tendrán que considerar los diferentes desarrollos posibles de las situaciones para trazar con toda la precisión que se pueda la línea de acción del partido, según se verifique una u otra de las hipótesis previstas.

El examen y la comprensión de las situaciones son necesarios para poder adoptar decisiones tácticas, pues permiten señalar al movimiento que la hora de tal o cual acción (que en la medida de lo posible ha sido

prevista de antemano) ha llegado, pero en ningún caso autorizan a los dirigentes a “improvisar” porque se hayan llevado alguna “sorpresa”. No se puede prever con absoluta certeza la forma en la que se van a desarrollar las situaciones objetivas, pero sí que se puede prever lo que nosotros debemos hacer en diferentes hipótesis, es decir, delimitar la táctica al menos en sus grandes líneas. Negar esta posibilidad significa negar la tarea del partido y al mismo tiempo rechazar la única garantía que tenemos de que los militantes y la masas respondan a las órdenes del centro dirigente en cualquier circunstancia. En ese sentido, el partido no es un ejército, ni tampoco un engranaje estatal, o sea, un órgano en el que predomina la autoridad jerárquica y no la adhesión voluntaria, que sería nula; los miembros del partido siempre pueden negarse a ejecutar las órdenes sin incurrir en sanciones materiales: abandonando el propio partido. La buena táctica, por tanto, es aquella que no implica ninguna repercusión inesperada y opuesta al desarrollo de la campaña revolucionaria, ni sobre el partido ni sobre las masas, incluso cuando, con un giro determinado de la situación, el centro dirigente no pueda consultar al primero (el partido) ni con mayor razón a las segundas (las masas). El arte de la táctica revolucionaria consiste precisamente en prever cómo reaccionará el partido ante las órdenes y cuáles son las órdenes que llevan a la buena reacción. Este arte requiere el empleo colectivo de la experiencia de las actividades pasadas, resumidas en unas claras y precisas reglas de acción. Al mismo tiempo que se deja que sean los dirigentes quienes *ejecuten* estas reglas, los militantes se aseguran de que estos no traicionen su mandato, y se comprometen realmente, y no sólo en apariencia, a ejecutar con iniciativa y decisión las órdenes de movimiento. Dado que el partido no es perfecto, pero sí mejorable, no dudamos en afirmar que la claridad y el poder de persuasión de las reglas tácticas exigen muchos sacrificios, aunque sea al precio de una excesiva esquematización. E incluso si llegado el momento las situaciones hacen pedazos nuestros esquemas tácticos, no será cayendo en el oportunismo y en el eclecticismo como lograremos remediar esto, sino redoblando nuestros esfuerzos por adaptar la línea táctica del partido a sus tareas. No sólo es el buen partido el que ejecuta la buena táctica, sino que también es la buena táctica la que hace bueno al partido, y la buena táctica tiene que ser comprendida y elegida por todos en sus líneas fundamentales.

Lo que nosotros rechazamos sustancialmente es que se moderen los esfuerzos y el trabajo colectivo del partido por definir sus reglas tácticas y que se exija simple y llanamente obediencia a un hombre, un comité o un solo partido de la Internacional y a su aparato dirigente tradicional.

La actividad del partido asume un aspecto *estratégico* en los momentos culminantes de la lucha por el poder, en los cuales dicha actividad asume un carácter esencialmente militar. En las fases precedentes, la acción del partido no se reduce, sin embargo, simple y llanamente a la ideología, propaganda y organización, sino que consiste, como se ha dicho, en participar y actuar en las distintas luchas a las que se ve arrastrado el proletariado. Por consiguiente, lo que se pretende con la codificación de las normas tácticas del partido es establecer cuáles son las condiciones que permiten armonizar su intervención, su actividad y su agitación dentro de esos movimientos y al calor de las luchas proletarias, con el objetivo revolucionario final, y que garantizan el progreso simultáneo de su preparación teórica, organizativa y táctica.

En los puntos siguientes examinaremos los problemas que se nos plantean y mostraremos cómo se presenta la elaboración de las diferentes normas de acción comunista en el estadio actual de desarrollo del movimiento revolucionario.

II. CUESTIONES INTERNACIONALES

1. LA CONSTITUCIÓN DE LA III INTERNACIONAL

Desde el punto de vista de la restauración de la doctrina revolucionaria, la constitución de la Internacional Comunista ha solucionado completa y definitivamente la crisis que trajo la guerra mundial a la II Internacional. Pero si bien la formación del Comintern constituye una gran conquista histórica desde el punto organizativo y táctico, no podemos decir que haya solucionado también completamente la crisis del movimiento proletario.

El factor fundamental para la formación de la nueva Internacional ha sido la revolución rusa, primera victoria gloriosa del proletariado mundial. Pero debido a las condiciones sociales de aquel país, la revolución rusa no aporta un modelo histórico general en materia táctica para las revoluciones en el resto de países. Dicho país, entre la época del poder feudal autocrático y la de la dictadura proletaria, no ha conocido efectivamente el dominio político de la burguesía organizada en un Estado estable y propio.

Precisamente por ello tiene tanta importancia la confirmación histórica del programa marxista que ha supuesto la revolución rusa, y por eso esta revolución ha contribuido poderosamente a derrotar al revisionismo socialdemócrata en el terreno de los principios. Pero en el terreno organizativo, la lucha contra la II Internacional, como parte integrante de la lucha contra el capitalismo mundial, no ha alcanzado un éxito tan decisivo, y se han cometido múltiples errores que han impedido que los partidos comunistas fueran todo lo eficaces que las condiciones objetivas permitían.

Otro tanto debe decirse de la táctica, en la que muchos de los problemas ligados al hecho de que aquí las fuerzas en liza son la burguesía, el Estado burgués parlamentario moderno dotado de un aparato históricamente estable y el proletariado, se han resuelto y continúan resolviéndose de manera insatisfactoria, a pesar de que los partidos comunistas no siempre han logrado todos los éxitos posibles en la ofensiva proletaria contra el capitalismo y en la liquidación de los partidos socialdemócratas, órganos políticos de la contrarrevolución burguesa.

2. LA SITUACIÓN ECONÓMICA Y POLÍTICA MUNDIAL (1926)

La situación internacional hoy es menos favorable al proletariado que en los primeros años de la posguerra. Desde el punto de vista económico, asistimos a una estabilización parcial del capitalismo, entendiendo esa estabilización simplemente como un reflujó de las perturbaciones sufridas en ciertas partes de la estructura económica, y no como un estado de cosas que excluya un posible —e incluso cercano— retorno de nuevas perturbaciones.

La crisis del capitalismo sigue abierta y su agravamiento es algo definitivo e inevitable. En el terreno político asistimos a un debilitamiento del movimiento obrero revolucionario en casi todos los países más

avanzados, afortunadamente contrarrestado por la consolidación de la Rusia soviética y por la lucha de las poblaciones de los países coloniales contra las potencias capitalistas.

Tal situación presenta un doble peligro: primero, si se sigue con este erróneo método situacionista, existe el riesgo de que se perfile o que se esboce esa tendencia que consiste en plantear de manera menchevique los problemas de la acción proletaria. En segundo lugar, está el peligro de que, al disminuir el peso de la acción genuinamente clasista, desaparezcan las condiciones de las que hablaba Lenin para poder aplicar correctamente la táctica comunista de la política general del Comintern en la cuestión nacional y campesina.

A la ofensiva proletaria de la posguerra le siguió una ofensiva patronal contra las posiciones proletarias, a la que el Comintern respondió con la consigna del frente único. Luego se planteó otro problema con el inicio de una situación democrática y pacífica en varios países, una situación que el camarada Trotsky denunciaba correctamente como un peligro de degeneración para nuestro movimiento. Hay que evitar cualquier interpretación de las situaciones que presente como algo vital para el proletariado el resultado de la lucha entre dos fracciones de la burguesía, la de derecha y la de izquierda, relacionándolas además demasiado esquemáticamente con grupos sociales distintos.

Un análisis correcto nos dice que la clase dominante posee diferentes métodos de gobierno y de defensa, que podemos reducir sustancialmente a dos: el método reaccionario y fascista, y el método liberal democrático.

Partiendo de un análisis económico, las tesis de Lenin ya establecieron que las capas más modernas de la burguesía no sólo tienden a unificar el mecanismo productivo, sino también su defensa política, recurriendo a los medios más enérgicos.

Por tanto, no se puede decir que, como norma general, el camino al comunismo pasa por una etapa de gobierno burgués de izquierda. En los casos particulares en los que esto suceda, la condición para la victoria proletaria reside en el empleo de una táctica que ponga en guardia contra las ilusiones que provocará el ascenso de este gobierno de izquierda y que no atenúe su oposición a las formas políticas democráticas ni siquiera en los periodos reaccionarios.

3. EL MÉTODO DE TRABAJO DE LA INTERNACIONAL

Una de las tareas más importantes de la Internacional Comunista ha sido la de liquidar la desconfianza del proletariado hacia la acción política, una desconfianza que se debía a la degeneración parlamentaria del oportunismo.

El marxismo no concibe la política como el arte o la técnica de la intriga parlamentaria o diplomática, como si ésta fuera una característica que poseen todos los partidos y que cada uno emplea para sus propios fines. La política proletaria se opone a los métodos de la política burguesa, pues anticipa formas de relación superiores y culmina en el arte de la insurrección revolucionaria. Esta oposición, de la que no se ofrece aquí una exposición teórica más amplia, es una condición vital para que la unión entre el proletariado revolucionario y su estado-mayor comunista sea fructuosa, así como para la correcta selección de los miembros de este último.

La práctica y el trabajo de la Internacional contradicen esta necesidad revolucionaria. Muchas veces, en las relaciones entre los diferentes órganos del movimiento comunista, prevalece una política de dos caras: una que subordina las cuestiones teóricas a los móviles contingentes; y otra que consiste en un sistema de negociaciones y pactos entre personas que nos ha traído graves desilusiones, pues así los partidos no se relacionan con las masas como deberían.

En las grandes y fundamentales decisiones de la Internacional lo normal es dejar un hueco a la improvisación, la sorpresa y los gestos teatrales, y esto es lo que desorienta a los camaradas y a los proletarios.

Esto sucede, por ejemplo, en la mayor parte de las cuestiones internas de los partidos, que los órganos y congresos internacionales tratan de resolver a través de una serie de penosos arreglos que luego tienen que ratificar los diversos grupos dirigentes, a pesar de que no se insertan adecuadamente en el devenir real de los partidos.

4. CUESTIONES ORGANIZATIVAS

La urgencia que se requería para concentrar tan amplias fuerzas revolucionarias tuvo un gran peso en la fundación del Comintern, pues a la sazón se preveía que la situación objetiva se desarrollaría mucho más rápido de lo que efectivamente ocurrió. Luego hemos podido constatar que habría sido preferible un mayor rigor a la hora de establecer los criterios organizativos. La formación de los partidos o la conquista de las masas no se han visto favorecidas por las concesiones que se hicieron a los grupos sindicalistas o anarquistas, ni por las pequeñas transacciones que se llevaron a cabo con los centristas sobre las 21 condiciones, ni por las fusiones orgánicas con partidos y fracciones de partidos logradas gracias al “entrismo” político, ni por tolerar una doble organización comunista en ciertos países con los partidos simpatizantes. La consigna de organizar los partidos sobre la base de las células de empresa, lanzada tras el V Congreso, no ha logrado su objetivo, que era eliminar los defectos unánimemente constatados en las secciones de la Internacional.

Dada su generalización, y sobre todo la interpretación que le ha dado la dirección del partido italiano, dicha consigna se presta a graves errores y supone una desviación respecto al postulado marxista que dice que la revolución no es cuestión de formas de organización, o de la tesis leninista según la cual una solución orgánica nunca es válida en cualquier época y lugar.

Para los partidos que actúan en la época presente en los países burgueses con un régimen parlamentario estable, el tipo de organización por células resulta menos adecuado que el de base territorial. Por lo demás, es un error teórico afirmar que el partido con base territorial es un partido socialdemócrata mientras que el partido basado en células es un verdadero partido comunista. En la práctica, el segundo tipo traba el trabajo unificador del partido entre los grupos proletarios de distintas categorías e industrias, tarea tanto más importante cuanto más desfavorable es la situación y más reducidas las posibilidades de organización proletaria. Diversos inconvenientes prácticos acompañan a la organización por células, considerada como base exclusiva del partido. En cambio, en la Rusia zarista las cosas se presentaban de otro modo, dadas las diferentes relaciones existentes entre la patronal industrial y el Estado y que el peligro corporativo era menos grave porque la cuestión central del poder se planteaba de manera inminente.

Dado que todos los nodos de esta red organizativa del partido están ocupados por elementos no obreros o ex-obreros, que constituyen el aparato de los funcionarios, el sistema de las células no supone un aumento de la influencia de los obreros en el partido. Dados los defectos del método de trabajo de la Internacional, la consigna de la bolchevización, en su aspecto organizativo, aparece como una aplicación servil e inadecuada de la experiencia rusa, y en muchos países tiende ya a provocar una parálisis, quizá involuntaria, de las iniciativas espontáneas y de las energías proletarias y clasistas, por parte de un aparato cuya selección y función obedecen a criterios en gran parte artificiales.

Conservar la organización territorial del partido no significa renunciar a los órganos del partido en las fábricas: éstos deben consistir en grupos comunistas ligados al partido, dirigidos por éste e insertados en el encuadramiento sindical del partido. Este sistema permite un mayor contacto con las masas y hace que la organización fundamental del partido destaque menos.

5. DISCIPLINA Y FRACCIONES

Otro aspecto de la bolchevización es que considera que lo que garantiza la eficacia del partido es su completa centralización disciplinaria y su severa prohibición del fraccionismo.

La última instancia llamada a zanjar todas las cuestiones controvertidas es el órgano central internacional, en el que el Partido Comunista ruso predomina, si no jerárquicamente, sí al menos políticamente.

En realidad, esta supuesta garantía no existe y así todo el problema se plantea de manera incorrecta. De hecho, no sólo no se ha evitado el recrudecimiento del fraccionismo en la Internacional, sino que se ha estimulado de forma encubierta e hipócrita. Por otra parte, desde el punto de vista histórico, el partido ruso no logró superar el fraccionismo gracias a expedientes ni a la aplicación de unas recetas mágicas contenidas en los estatutos, sino que ese resultado fue el reflejo de un correcto planteamiento de los problemas de la doctrina y la acción política.

Las sanciones disciplinarias son una garantía contra la degeneración, pero sólo si se aplican en casos excepcionales y no se convierten en la norma o casi en la forma ideal de funcionamiento del partido.

La solución no está en apelar en abstracto a la autoridad de la jerarquía, que carece de su investidura inicial, tanto porque las experiencias históricas rusas a pesar de ser grandiosas son incompletas, como porque en la vieja guardia misma, custodia de las tradiciones bolcheviques, han surgido unos desacuerdos que no podemos decir *a priori* que se hayan solucionado de la mejor manera posible. Sin embargo la solución tampoco consiste en aplicar sistemáticamente los principios de la democracia formal, que para el marxismo no tienen más valor que el de una cómoda práctica organizativa.

Los partidos comunistas deben realizar un centralismo orgánico que, consultando a las bases lo máximo posible, permita eliminar espontáneamente todo reagrupamiento tendente a diferenciarse. Esto no se consigue con mandatos jerárquicos formales y mecánicos; sino, tal como dice Lenin, con la política revolucionaria adecuada.

La cuestión fundamental para la evolución del partido no es la represión del fraccionismo, sino su prevención.

Es absurdo, estéril y además muy peligroso, suponer que el partido y la Internacional están misteriosamente a salvo de toda recaída en el oportunismo o de cualquier tendencia a recaer en él. Esto depende tanto de los cambios de la situación como de la influencia de los residuos de las tradiciones socialdemócratas. Por tanto, a la hora de resolver nuestros problemas, hay que lograr que toda diferencia de opinión que no se trate de un caso de conciencia o de derrotismo personal se desarrolle de manera provechosa para el partido, ayudándole a mantenerse a salvo de graves peligros, a él y al proletariado en general.

Si estos peligros se concretaran, estas diferencias asumirían, de manera inevitable pero útil, la forma de fraccionismo. Esto podría provocar escisiones, pero no por el pueril motivo de que a los dirigentes les haya faltado energía en la represión, sino sólo porque se ha verificado esa maldita hipótesis de la quiebra del partido y su sometimiento a las influencias contrarrevolucionarias.

Un ejemplo de este falso método lo tenemos en las artificiales soluciones que se han dado a la situación del partido alemán después de la crisis oportunista de 1923. Sin lograr eliminar el fraccionismo, lo que se ha hecho ha sido impedir que en las filas de un proletariado tan avanzado como el alemán se definiera espontáneamente una adecuada reacción clasista y revolucionaria ante la degeneración del partido.

Históricamente, el peligro de la influencia burguesa sobre el partido de clase no se presenta a través de la organización de fracciones, sino más bien a través de una penetración astuta que agita demagógicamente la bandera de la unidad y que se despliega como una dictadura desde lo alto que paraliza las iniciativas de la vanguardia proletaria.

Echando mano de la disciplina para hacer frente a las tendencias fraccionistas no se logra identificar y eliminar esa influencia disolutiva; esto se consigue conduciendo al partido y al proletariado contra esta trampa desde el instante mismo en que se manifiesta no sólo ya como revisión doctrinal, sino también como una propuesta positiva de importantes maniobras políticas de efectos anti-proletarios.

Uno de los aspectos negativos de la llamada bolchevización consiste en sustituir la elaboración política completa y consciente en el seno del partido, que supone un progreso efectivo hacia un centralismo más compacto, por una agitación externa y escandalosa de fórmulas mecánicas sobre la unidad por la unidad y la disciplina por la disciplina.

Los resultados de este método perjudican al partido y al proletariado y retrasan la constitución de un "verdadero" partido comunista. Este método, aplicado en muchas secciones de la Internacional, es en sí mismo un grave síntoma de oportunismo en estado latente. En la situación actual, en el Comintern aún no se ha delineado la formación de una oposición internacional de izquierda; pero si los factores desfavorables mencionados continúan desarrollándose, el surgimiento de semejante oposición sería una necesidad revolucionaria y una consecuencia espontánea de la propia situación.

6. CUESTIONES TÁCTICAS HASTA EL V CONGRESO

En la resolución de los problemas tácticos planteados por las situaciones mencionadas anteriormente en el campo internacional, se han cometido unos errores análogos, en general, a los errores organizativos, y son fruto de esa pretensión de que todas las conclusiones hay que extraerlas de los problemas que se le plantearon en el pasado al Partido Comunista Ruso.

La táctica del frente único no debe entenderse como una coalición política con otros partidos supuestamente obreros, sino como una manera de aprovechar las reivindicaciones inmediatas suscitadas por las situaciones para extender la influencia del partido comunista sobre las masas, sin comprometer su posición autónoma.

Por lo tanto, la base para el frente único son los organismos proletarios en los cuales los trabajadores entran por su posición social, al margen de su ideología política y de su posible militancia en un partido organizado. En efecto, se trata por un lado de hacer posible en la práctica tanto la crítica comunista al resto de partidos políticos como la progresiva organización en las filas comunistas de nuevos elementos salidos de estos partidos; por otro lado, se trata de asegurarse de que las masas comprendan las consignas del partido para movilizarlas sobre su programa y bajo su exclusiva dirección.

La experiencia ha demostrado muchas veces que el único modo de garantizar que el frente único se aplica de forma revolucionaria es rechazando el método de las coaliciones políticas permanentes o transitorias, de los comités de dirección de la lucha que incluyen a representantes de los diferentes partidos políticos, y también el de las negociaciones, las propuestas de acción común y las cartas abiertas a otros partidos por parte del partido comunista.

La práctica ha demostrado la esterilidad de este método y ha desacreditado incluso su efecto inicial, después del abuso que se ha hecho de él.

La táctica del “gobierno obrero” es la del frente único político llevada a una reivindicación central que afecta al problema del Estado. Aquí ya no se trata sólo de una táctica errónea, sino de una contradicción flagrante con los principios del comunismo. Si el partido lanza una consigna que equivale defender la toma del poder por parte del proletariado a través de los organismos representativos propios del aparato estatal burgués, o que no llega a rechazar explícitamente semejante eventualidad, está abandonando y renunciando al programa comunista, no sólo por las nefastas e inevitables consecuencias que esto tiene sobre la ideología proletaria, sino también por la propia formulación ideológica que el partido enuncia y confirma. La revisión de esta táctica por parte del V Congreso, después de la derrota alemana, no ha sido satisfactoria, y el posterior desarrollo de las experiencias tácticas son suficientes para que abandonemos hasta la propia expresión “gobierno obrero”.

Respecto al problema central del Estado, el partido sólo tiene una consigna, dictadura del proletariado, pues no existe otro “gobierno obrero”.

Ésta consigna sólo puede dar paso al oportunismo, o sea, a apoyar o participar directamente en gobiernos burgueses supuestamente filo-obreros.

Todo esto no contradice en absoluto la consigna de “todo el poder a los Soviets” y a los organismos de tipo soviético (elegidos por los trabajadores solamente), aun cuando los partidos oportunistas predominen en ellos. Dichos partidos están en contra de la toma del poder por parte de los órganos proletarios, que constituye la propia dictadura proletaria (y que excluye a los no trabajadores de los órganos electivos y del poder), dictadura que sólo el partido comunista podrá dirigir.

No es necesario, ni lo planteamos aquí, que la consigna de la dictadura proletaria se sustituya por su único sinónimo posible: el “gobierno del partido comunista”.

7. CUESTIONES DE LA “NUEVA TÁCTICA”

Ayer el frente único y el gobierno obrero se justificaban así: para lograr la victoria no basta con tener partidos comunistas, sino que también es necesario conquistar a las masas; para conquistarlas, hay que eliminar la influencia de los socialdemócratas en el terreno de las reivindicaciones que afectan a todos los trabajadores.

Hoy se va más allá y el problema se plantea de esta peligrosa forma: para lograr la victoria primero es necesario que la burguesía gobierne de modo más tolerante y flexible, o que gobiernen las clases intermedias entre la burguesía y el proletariado, de modo que esto haga posible nuestra preparación. Al admitir un posible gobierno original de las clases medias, la segunda concepción cae en lleno en un revisionismo de la doctrina de Marx, equivalente a la plataforma contrarrevolucionaria del reformismo.

La primera concepción únicamente pretende definir las condiciones objetivas que nos permiten desarrollar mejor nuestra propaganda, agitación y organización. Pero no es menos peligrosa que la segunda, como ya se ha comentado al hablar del análisis de las situaciones.

Todo nos hace prever que el liberalismo y la democracia burguesa, oponiéndose o sumándose al método “fascista”, se desarrollarán en el sentido de excluir al partido comunista de sus garantías jurídicas (que ya de por sí valen muy poco): como en su programa este partido rechaza el sistema jurídico, se excluye a sí mismo de su protección, argumentarán. Esto ni siquiera es incompatible con los principios de la democracia burguesa; y en cualquier caso, disponemos de numerosos precedentes en la labor de todos los llamados gobiernos de izquierda: por ejemplo, en el programa del Aventino italiano. La “libertad” ofrecida así al proletariado será esencialmente una mayor libertad de acción y de organización de los agentes contrarrevolucionarios en su seno. La única libertad para el proletariado reside en su dictadura.

Ya se ha dicho que en la medida en que un gobierno de izquierda nos ofrece unas condiciones ventajosas, éstas sólo pueden aprovecharse si el partido ha sabido conservar una postura claramente autónoma. No se trata de atribuir una especie de diabólica habilidad a la burguesía, sino de tener la certeza, sin la cual no tenemos derecho a llamarnos comunistas, de que en la lucha final contra las conquistas del proletariado se levantará el frente único de las fuerzas burguesas, se personifiquen en Hindenburg o en Mac Donald, en Mussolini o en Noske.

Acostumbrar al proletariado a escoger en este frente a aquellos elementos que, aún de forma involuntaria, puedan serle favorables, es añadir un factor desfavorable más, a pesar de que esa debilidad intrínseca del propio frente burgués constituya un factor favorable para la victoria.

En Alemania, tras la elección de Hindenburg, se ha llevado a cabo una alianza electoral con la socialdemocracia y con otros partidos “republicanos”, o sea, burgueses, así como también una alianza parlamentaria en el Landtag prusiano, todo para evitar un gobierno de derecha; en Francia, se ha apoyado al cártel de izquierdas en las elecciones municipales y cantonales (táctica de Clichy). Por las razones que acabamos de señalar, semejantes métodos tácticos deben ser declarados como algo inaceptable. Las propias Tesis del II Congreso sobre el parlamentarismo revolucionario afirman que el partido comunista sólo puede acudir al terreno electoral y parlamentario con unas posiciones rigurosamente independientes.

Estas recientes manifestaciones tácticas mencionadas más arriba presentan una afinidad histórica indudable, si no completa, con los métodos tradicionales de la II Internacional: los bloques electorales y el colaboracionismo que también pretendía pasar por una interpretación del marxismo.

Tales métodos representan un peligro efectivo para los principios y la organización de la Internacional; además, no han sido aprobados por ninguna deliberación en los congresos internacionales, y mucho menos por las tesis tácticas del V Congreso.

8. CUESTIÓN SINDICAL

La Internacional ha cambiado varias veces su concepto de las relaciones entre los organismos políticos y económicos a escala mundial. Esto es un ejemplo importante de este método que, en lugar de extraer las acciones contingentes de los principios, se dedica a improvisar nuevas y diversas teorías para justificar unas acciones emprendidas en realidad por su aparente facilidad y porque prometen un éxito inmediato.

Primero se apoyó la admisión de los sindicatos en la Internacional Comunista; luego se constituyó la Internacional Sindical Roja argumentando que, siendo cierto que el partido comunista debe luchar por la unidad de los sindicatos, que permite un mejor y más amplio contacto con las masas, y que debe rechazar la formación de sindicatos propios, ni siquiera mediante la escisión de los dirigidos por los amarillos, en un terreno internacional el Buró Internacional de Ámsterdam no podía considerarse como un organismo de las masas proletarias, sino como un órgano político contrarrevolucionario de la Sociedad de las Naciones.

En un momento determinado, por razones ciertamente importantes aunque limitadas (con la idea de emplear el movimiento sindical inglés de izquierda), se propuso renunciar a la Internacional Sindical Roja para llevar a cabo una unidad organizativa sindical, a escala internacional, con el Buró de Ámsterdam.

Un cambio de la situación no justifica giros tan graves, pues la cuestión de las relaciones entre los organismos políticos y sindicales internacionales es una cuestión de principio que está ligada a la de las relaciones entre el partido y la clase para la movilización revolucionaria.

Hay que decir además que ni siquiera se respetaron las garantías estatutarias internas, y que los órganos internacionales competentes se encontraron ante un hecho consumado.

El mantenimiento de la consigna de “Moscú contra Ámsterdam” no excluía ni excluye la lucha por la unidad sindical en cada país. En efecto, la liquidación de las tendencias separatistas en los sindicatos (Alemania e Italia) sólo se ha podido realizar quitando a los separatistas el argumento según el cual al proletariado le era imposible apartarse de la influencia de la Internacional de Ámsterdam.

En cambio, la adhesión aparentemente entusiasta de nuestro partido en Francia a la propuesta de la unidad sindical mundial no impidió que éste manifestara una incapacidad absoluta para solucionar de manera no escisionista el problema de la unidad sindical nacional.

No obstante, no se debe negar la utilidad de la táctica de frente único a escala mundial con todos los organismos sindicales, incluso con los sindicatos que están en Ámsterdam.

La izquierda del partido italiano siempre ha luchado por la unidad proletaria en los sindicatos, actitud que la diferencia claramente de las falsas izquierdas de tipo sindicalista y voluntarista, contra las que combatió Lenin. Además, en Italia la izquierda es la única que hace suyo el correcto concepto leninista del problema de las relaciones entre los sindicatos y los consejos de fábrica. Partiendo de la base de la experiencia rusa y de las tesis del II Congreso al respecto, rechaza el grave abandono de principios que supone negar la importancia revolucionaria de los sindicatos basados en la afiliación voluntaria, y su sustitución por ese concepto utópico y reaccionario del necesario aparato institucional adherido orgánicamente a todo el sistema de producción capitalista, un error que en la práctica se concreta en una sobrevaloración de los consejos de fábrica y en un boicot de hecho a los sindicatos.

9. CUESTIÓN AGRARIA

La cuestión agraria se ha definido fundamentalmente en las tesis del II Congreso de la Internacional, en las que Lenin puso el problema de la producción agrícola en el lugar histórico que le corresponde dentro del sistema marxista, demostrando que en una época en la que las premisas para la socialización de las empresas están ya maduras en la economía industrial, aquellas aún están ausentes en lo que respecta a la economía agrícola.

Esto no implica que haya que retrasar la revolución proletaria (pues estas premisas sólo se realizarán con esta revolución), sino que conlleva relacionar el problema de los intereses generales de los campesinos pobres con el contexto de la economía industrial y del poder burgués. Esto permite al proletariado unir su propia lucha con la lucha de emancipación del campesino pobre de su explotación por parte de los terratenientes y de la burguesía, aunque esta emancipación no implique directamente una transformación general de la economía productiva rural.

En los casos de los terrenos que son propiedad jurídica de los grandes terratenientes pero que técnicamente se componen de pequeñísimas empresas productivas, la destrucción de las superestructuras legales implica el reparto de la tierra entre los campesinos. En realidad, esto no supone más que liberar a estas

pequeñas empresas, ya anteriormente separadas, de la explotación común a la que estaban sometidas. Esto sólo puede lograrse mediante una destrucción revolucionaria de las relaciones de propiedad, que sólo el proletariado de la industria puede llevar a cabo, pues, a diferencia del campesino, no es una simple víctima del sistema de las relaciones burguesas de producción, sino el producto histórico de su madurez, que condena a aquellas a ceder el paso a un sistema de nuevas y diferentes relaciones. Por consiguiente, el proletariado encontrará una ayuda preciosa en la insurrección del campesino pobre. Pero lo esencial de estas conclusiones tácticas de Lenin, en primer lugar, es que distinguen fundamentalmente entre las relaciones del proletariado con el campesinado y sus relaciones con las capas medias reaccionarias de la economía urbana, reflejadas sobre todo en los partidos socialdemócratas; y, en segundo lugar, su concepto del predominio y la hegemonía intangible de la clase obrera en la conducción de la revolución.

En el momento de la conquista del poder, por tanto, el campesino se presenta como un factor revolucionario; pero aunque su ideología se modifique durante la revolución frente a las viejas formas de autoridad y legalidad, no se modifica mucho en lo que respecta a las relaciones productivas, que siguen siendo las relaciones tradicionales de la empresa familiar aislada y en competencia con el resto. El campesino, pues, sigue suponiendo un grave peligro para la construcción de la economía socialista, a la que sólo se verá arrastrado mediante un gran desarrollo de las fuerzas productivas y de la técnica agraria.

Según Lenin, en el terreno táctico y organizativo, al proletariado agrícola sin tierra (jornalero) hay que considerarlo y encuadrado de la misma manera que al resto del proletariado. Con el campesino pobre, bien cultive sólo su parcela o bien esta parcela sea insuficiente, hay que llevar a cabo una alianza, mientras que al campesino medio se trata pura y simplemente de neutralizarlo, ese campesino medio que es al mismo tiempo víctima de ciertas relaciones capitalistas y explotador de mano de obra. Por último, el campesino rico, en el que predomina esta última característica, es un enemigo directo de la revolución.

La Internacional debe evitar cometer errores a la hora de aplicar esta táctica agraria, errores que ya han aparecido, por ejemplo, en el partido francés, y que consisten en pensar que los campesinos pueden llevar a cabo una revolución original, a la misma altura que la de los obreros; o bien, en creer que la movilización revolucionaria de los obreros pueda venir provocada por una insurrección surgida en el campo, cuando se trata justamente de lo contrario.

El campesino que defienda el programa comunista y que sea susceptible de convertirse en militante, debe adherirse al partido comunista. Esta es la única forma de luchar contra el surgimiento de partidos exclusivamente campesinos, influenciados inevitablemente por la contrarrevolución.

La Krestintern (Internacional de los campesinos) debe englobar a aquellas organizaciones campesinas de todos los países que se caractericen (como los sindicatos proletarios) por reagrupar a todos los que comparten unos intereses económicos inmediatos. Aquí también hay que rechazar la táctica de las negociaciones políticas, del frente único político y del entrismo en los partidos campesinos, aunque sea para zapparlos desde el interior.

Esta norma táctica no contradice las relaciones que se establecieron entre los bolcheviques y los socialistas-revolucionarios durante la guerra civil, cuando ya existían nuevas instituciones representativas del proletariado y de los campesinos.

10. CUESTIÓN NACIONAL

Lenin también clarificó fundamentalmente la teoría del movimiento popular en los países coloniales y en algunos países excepcionalmente atrasados. Mientras el desarrollo económico interno o la expansión del capitalismo extranjero no suministren las bases de una moderna lucha de clases en estos países, el cumplimiento de las exigencias que esto plantea requiere una lucha insurreccional y la derrota del imperialismo mundial.

En la época en la que en las metrópolis se lucha por la revolución proletaria, cuando en aquellos países se cumplan completamente esas condiciones se podrá desencadenar un combate que no obstante adquirirá localmente el aspecto de un conflicto de razas y nacionalidades, no de clases.

Sin embargo, en el planteamiento leninista lo fundamental es que la lucha mundial deben dirigirla los órganos del proletariado revolucionario, y que la lucha de clases en las zonas indígenas, así como la constitución y el desarrollo independiente del partido comunista local, hay que alentarla y no ahogarla o retrasarla.

Extender estas consideraciones a los países en los que el régimen capitalista y el aparato estatal burgués existen desde hace tiempo, constituye un peligro; efectivamente, en estas condiciones la cuestión nacional y la ideología patriótica juegan un papel directamente contrarrevolucionario que desvía al proletariado de su lucha de clase. Estas desviaciones se manifestaron, por ejemplo, en las famosas concesiones de Radek a los nacionalistas alemanes en lucha contra la ocupación de los aliados.

También en Checoslovaquia, al estar las dos razas (checos y eslovacos) a la misma altura histórica y en un ambiente económico común plenamente evolucionado, la tarea de la Internacional es liquidar toda expresión de dualismo nacional en el campo del proletariado.

Por consiguiente, hacer de la lucha de las minorías nacionales, *en sí misma*, una cuestión de principios, equivale a deformar la concepción comunista, pues para saber si tal lucha presenta posibilidades revolucionarias o si se desarrollará de forma reaccionaria hay que emplear otros criterios.

11. CUESTIONES RUSAS (1926)

Evidentemente, para la Internacional Comunista es importante la Nueva Política Económica del Estado ruso, tal como surgió del discurso de Lenin de 1921 acerca del impuesto en especie, y del informe de Trotsky al IV Congreso mundial. Dadas las condiciones de la economía rusa y el hecho de que en los otros países la burguesía permanece en el poder, los marxistas no podían plantear de otro modo la cuestión de la perspectiva del desarrollo de la revolución mundial y de la construcción de la economía socialista.

Las graves dificultades de la política estatal rusa, debido a la correlación de las fuerzas sociales internas, al problema de la técnica productiva y a las relaciones con el exterior, han dado lugar a sucesivas divergencias en el seno del Partido Comunista Ruso. Lo más deplorable de todo es que el movimiento comunista internacional no haya tenido la posibilidad de pronunciarse sobre tales divergencias con más fundamento y autoridad.

En la primera discusión, las consideraciones de Trotsky acerca de la vida interna del partido y del “nuevo curso” fueron completamente justas, como también fueron netamente proletarias y revolucionarias en su conjunto sus observaciones sobre el desarrollo de la política económica del Estado. En la segunda discusión no estaban menos justificadas las consideraciones de Trotsky acerca de los errores de la Internacional, y se demostró que la mejor tradición bolchevique no militaba a favor de los criterios predominantes en la dirección del Comintern.

Este debate llegó al partido como un eco deformado y artificial, pues siguiendo los métodos acostumbrados, fue el antifraccionismo lo que se puso en primer plano, o lo que es peor, un antibonapartismo sin ningún sentido. En cuanto a la reciente discusión, nos plantea cuestiones de carácter internacional; y el hecho de que la mayoría del Partido Comunista Ruso ya se haya pronunciado no es argumento para impedir que la Internacional discuta y se pronuncie a su vez, aunque la oposición rusa derrotada haya renunciado a ello, lo cual no altera para nada el problema¹.

Como en otros casos, los procedimientos y la disciplina terminan sofocando la cuestión fundamental. No se trata de defender los derechos violados de una minoría cuyos jefes, si no las propias bases, comparten

¹ La primera discusión a la que se hace referencia aquí la originaron dos cartas de Trotsky al Comité Central, una del 8 de octubre de 1923 y la otra –titulada “Nuevo Curso”– del 8 de diciembre, aunque sólo fue publicada el 28 y 29 de diciembre en el *Pravda*.

Tras haber tomado una posición ambigua en el XII Congreso (17-25 de abril de 1923), donde se abstuvo de plantear las cuestiones candentes que Lenin –imposibilitado tras sufrir un segundo ataque– le había encargado, Trotsky se refiere en ambas cartas en primer lugar a la grave crisis económica que golpeaba a la URSS (extensión alarmante del paro, alza de los precios industriales y estancamiento de los precios agrícolas y, por consiguiente, parálisis de los intercambios entre la ciudad y el campo); y luego al régimen opresivo que reinaba en el partido y a la persecución contra los opositores, que había asumido proporciones alarmantes.

Antes de esta intervención de Trotsky, ya se habla formado una oposición llamada “de los 46” (Preobrazensky, Piatakov, etc.) sobre unas posturas semejantes. Al término de una violenta campaña, la dirección del partido los condenó a todos en bloque como “anti-leninistas”, “pequeño burgueses” y “fraccionistas”, en la XIII Conferencia (16-18 de enero de 1924).

La segunda discusión tuvo como telón de fondo el desastre alemán de octubre de 1923, cuya responsabilidad la Internacional hizo que recayera sobre la dirección del partido comunista alemán, que había actuado al compás del Ejecutivo de la Internacional. Esta discusión la desencadenó la publicación, en octubre de 1924, de *Las lecciones de Octubre* de Trotsky, como prefacio al tercer volumen de su *1917*. Al sacar las lecciones de la revolución rusa, Trotsky hablaba de las condiciones necesarias para que la organización del partido esté a la altura de su tarea histórica en los periodos en que la situación pone a la orden del día la conquista del poder y la insurrección. Como respuesta, la dirección desató una campaña infame contra el “trotskismo”, desenterrando sistemáticamente todas las discusiones pasadas entre Lenin y Trotsky. Ese fue el preludio de la sangrienta persecución posterior contra la oposición internacionalista en Rusia y del triunfo de la tesis estalinista del “socialismo en un solo país”, que tuvo lugar en 1926.

Tal como lo indican aquí las *Tesis de Lyon*, hay que señalar que, ya desde el V Congreso mundial (junio-julio de 1924) y nuevamente al año siguiente, la oposición denominada trotskista, plegándose ante el *diktat* estalinista, para el que la cuestión era de exclusiva competencia del P.C.R., había renunciado a apelar a la Internacional. Lo mismo hizo, por otra parte, la “nueva oposición” de Zinoviev-Kámenev, tras haber plantado en el XIV Congreso del partido ruso (diciembre de 1925) una vigorosa batalla contra la teoría del “socialismo en un solo país”, el “embellecimiento” de la N.E.P. y el régimen de opresión y de arbitrariedad en el partido. A pesar de ello, en el Ejecutivo Ampliado de febrero-marzo de 1926, la Izquierda italiana pidió nuevamente, sin ser escuchada, que la “cuestión rusa”, es decir, la política de las “relaciones entre la lucha revolucionaria del proletariado mundial y la política del Estado ruso y del Partido Comunista de la Unión Soviética”, fuera incluida en el orden del día del congreso mundial que debía reunirse al año siguiente, después de una discusión a fondo del problema en todas las secciones del Comintern.

además la responsabilidad de los numerosos errores cometidos en el terreno internacional, sino que se trata de cuestiones vitales para el movimiento comunista mundial.

La cuestión rusa hay que llevarla a la Internacional para su estudio completo. Los términos de su planteamiento deben ser los siguientes: según Lenin, en la economía rusa actual hay elementos preburgueses, burgueses, de capitalismo de Estado y de socialismo. La gran industria estatal es socialista en la medida en que obedece los imperativos productivos de un Estado que políticamente es proletario. Pero la distribución de sus productos se realiza bajo formas capitalistas, a través del mecanismo del mercado libre de la competencia.

En principio, no se puede negar que este sistema mantiene a los obreros en unas condiciones económicas que no son muy buenas, y que ellos aceptan gracias a la conciencia revolucionaria adquirida, pues esto es de hecho lo que ocurre. Tampoco podemos excluir la posibilidad de que esta situación evolucione hacia un aumento de la extracción de la plusvalía a través del precio que los obreros pagan por los productos alimenticios y del precio pagado por el Estado, así como de las condiciones que éste logra en el comercio, las concesiones y en todas las relaciones con el capitalismo extranjero. Así es como hay que plantear la cuestión de saber si los elementos socialistas de la economía rusa progresan o retroceden, una cuestión que engloba también la del rendimiento técnico y la organización de la industria de Estado².

La construcción del socialismo integral, que se extiende tanto a la producción como a la distribución, a la industria como a la agricultura, es algo imposible en un solo país. En cambio, el desarrollo progresivo de los elementos socialistas en la economía rusa, que supondría el fracaso de ese plan contrarrevolucionario que

² Considerado literalmente, una lectura superficial de este pasaje podría inducir al error y dar la idea de que en 1926 la Izquierda italiana consideraba, como Trotsky, que la economía rusa era la arena de una lucha entre el capitalismo y el comunismo, el primero identificado a *grosso modo* con la industria privada, y el segundo con la industria de Estado. Para ver que no es así, basta con leer la frase precedente, que dice (el subrayado es nuestro): “*la gran industria estatal es socialista en la medida en que obedece los imperativos productivos de un Estado que políticamente es proletario*”. El sentido de esta frase (totalmente conforme a los mejores pasajes de Lenin) está claro: la gran industria estatal *no es* socialista en el sentido económico del término, puesto que desde que terminó el comunismo de guerra reposa simultáneamente en el trabajo asalariado y el mercado. Si puede ser calificada como “socialista” es sólo en la medida en que realiza los objetivos económicos inmediatos de un poder *proletario*; y, dado el atraso económico de Rusia y los retrasos de la revolución en los países económicamente adelantados, aquellos objetivos se reducían a sacar al país del caos económico. Esta terminología, que hoy puede parecer ambigua, en aquel entonces permitía establecer claras diferencias con el supuesto “marxismo occidental” (tanto el de los pontífices centristas de la socialdemocracia, como el del “consejismo”) que condenaba al poder y al partido bolchevique porque estaban a la cabeza de una revolución que *económicamente se había detenido en su fase burguesa*, como si la superación de este estadio económico (es decir, llegar a la etapa socialista pura) dependiera de su mera voluntad política, y no de que en la URSS existan las “condiciones materiales del socialismo” o, es más, de que se produzca la victoria proletaria en Occidente.

En estas condiciones, al hablar de “industria estatal socialista” o de “elementos socialistas” de la economía rusa, en absoluto se cometía ningún grosero error teórico: simplemente se reconocían los *objetivos proletarios y socialistas* del partido bolchevique. Esto es lo que la Izquierda italiana hizo *hasta el final*, es decir, hasta que este partido fue *destruido* por la contrarrevolución estalinista, sin renunciar por ello a combatir desde el inicio, tal como lo testimonian estas mismas Tesis, el oportunismo creciente que se fue desarrollando en él.

Volviendo al pasaje mencionado, su sentido también está claro. Significa que el poder y el partido bolchevique (que estaba alineándose entonces tras la bandera del “socialismo en un solo país”) no debían alardear de la posibilidad de “abolir el plusvalor” (es decir, una categoría fundamental del capitalismo), y aún con menos razón de haberlo abolido ya; lo más “socialista” que podía hacer, dado el estado general de las cosas en 1926, era mejorar la tan “poco brillante” situación económica de los obreros asalariados, por lo menos en el sector estatal.

cuenta a su favor con algunos factores internos (los campesinos ricos y la nueva burguesía y pequeña burguesía) y externos (las potencias imperialistas), sí que es posible. Ya adopte este plan la forma de una agresión interna o externa, o la de un sabotaje progresivo y un aumento de su influencia en la vida social y estatal rusa, lo que provocaría una involución progresiva que desembocaría en una desproletarización de su carácter, la estrecha colaboración y la ayuda de todos los partidos de la Internacional es en cualquier caso una condición fundamental para el triunfo.

Sobre todo, se trata de garantizar a la Rusia proletaria y al Partido Comunista Ruso el apoyo activo y enérgico de la vanguardia proletaria, especialmente la de los países imperialistas. No sólo en el sentido de presionar e impedir las relaciones de los Estados burgueses con Rusia, sino en el sentido de que los partidos hermanos deben ayudar al partido ruso a resolver sus problemas. Es cierto que estos no poseen una experiencia directa en los problemas del gobierno, pero a pesar de ello contribuirán a la resolución de los mismos aportándole un coeficiente clasista y revolucionario que deriva directamente de la realidad de la lucha de clases que se desarrolla en sus respectivos países.

Como se ha dicho anteriormente, las relaciones internas de la I.C. no son adecuadas para estas tareas. Se impone un cambio urgente, sobre todo para actuar contra los excesos que ha provocado la bolchevización en el terreno organizativo, táctico y político.

III. CUESTIONES ITALIANAS

1. LA SITUACIÓN ITALIANA (1926)

Las apreciaciones sobre la situación italiana que consideran que en este país el insuficiente desarrollo del capitalismo industrial es algo determinante, son erróneas.

Su débil extensión cuantitativa y el relativo retraso histórico de su aparición se compensaron con otra serie de circunstancias en virtud de las cuales, en la época del *Risorgimento*, la burguesía logró apoderarse completa y sólidamente de todo el poder político, aunque su tradición de gobierno sea muy rica y compleja.

No se pueden identificar sistemáticamente las divergencias políticas que caracterizan históricamente a los partidos en lucha (derecha e izquierda, clericalismo y masonería, democracia y fascismo) con las diferencias que existen entre terratenientes y capitalistas, o entre la gran y la pequeña burguesía.

El movimiento fascista hay que interpretarlo como un intento de unificar políticamente con fines contrarrevolucionarios los diversos intereses de los diferentes grupos burgueses. Creado y alentado directamente por todas las clases dirigentes, latifundistas, industriales, comerciantes y banqueros, apoyado por el aparato estatal tradicional, por la corona, la Iglesia y la masonería, el fascismo se ha dirigido hacia sus objetivos movilizándolo a los elementos sociales de las clases medias, en pleno desarrollo, a los que ha lanzado contra el proletariado en estrecha alianza con todos los elementos burgueses.

Lo que ha sucedido en Italia no se puede explicar ni como la llegada al poder de una nueva capa social, ni como la formación de un nuevo aparato estatal con una ideología y un programa originales, ni como la derrota de una parte de la burguesía cuyos intereses supuestamente se identifican más con los métodos liberales y parlamentarios. Los liberales, los demócratas, los Giolitti y los Nitti, fueron los protagonistas de una fase de la lucha contrarrevolucionaria dialécticamente ligada al periodo fascista, una fase que fue decisiva para la derrota del proletariado. De hecho, la política de las concesiones, con la complicidad de reformistas y maximalistas, permitió a la burguesía desviar y contener la presión proletaria en el período de la posguerra y la desmovilización, cuando la clase dominante y sus órganos aún no estaban preparados para una resistencia frontal.

El fascismo, que en este periodo recibió la ayuda de los gobiernos, de la burocracia, la policía, la magistratura, el ejército, etc., terminó sustituyendo completamente al viejo personal político burgués. Pero esto no debe engañarnos y aún menos servir de argumento para la rehabilitación de unos partidos y agrupaciones que se han visto desplazados no por el hecho de ofrecer unas condiciones más favorables para la actividad de la clase obrera, sino porque ya habían cumplido su tarea anti-proletaria durante un cierto periodo de tiempo.

2. ORIENTACIÓN POLÍTICA DE LA IZQUIERDA COMUNISTA

En el curso del desarrollo de las situaciones mencionadas, el grupo que formó el Partido Comunista se guió por los siguientes criterios: rechazo de los ilusorios antagonismos de la escena política burguesa y parlamentaria y afirmación del antagonismo revolucionario entre el proletariado y la burguesía; propaganda entre el proletariado para acabar con la ilusión de que las clases medias son capaces de realizar un estado-mayor político, de tomar el poder y allanar el camino de las conquistas proletarias; difundir entre la clase obrera la confianza en su propia tarea histórica, mediante la propaganda de unas posturas críticas, políticas y tácticas originales y autónomas, sólidamente vinculadas entre sí con el desarrollo de las situaciones.

La tradición de esta corriente política se remonta a la izquierda del Partido Socialista, que ya existía antes de la guerra. En los congresos de Reggio Emilia (1912) y Ancona (1914), no sólo se forma una mayoría capaz de oponerse al mismo tiempo tanto al error reformista como al sindicalista (que hasta entonces había caracterizado a la izquierda proletaria), sino que, dentro de esta mayoría, se esboza ya una extrema izquierda que tiende a soluciones cada vez más radicales y clasistas. De esta forma, se logran resolver correctamente algunos de los importantes problemas que se le planteaban a la clase obrera, como los de la táctica electoral, las relaciones con los sindicatos, la guerra colonial o la masonería.

Durante la guerra mundial, si bien todo el partido (o casi todo) se opuso a la política de unión sagrada, esta extrema izquierda, bien individualizada, defendió las directivas leninistas en las reuniones de Bolonia (mayo 1915), Roma (febrero 1917), Florencia (noviembre 1917) y en el Congreso de Roma de 1918: rechazo de la defensa nacional y derrotismo, aprovechar la derrota militar para plantear el problema del poder, lucha incesante contra los dirigentes oportunistas, sindicales y parlamentarios y su expulsión del partido.

Inmediatamente después de la guerra, la posición de la extrema izquierda se concretó en el periódico *Il Soviet*, que fue el primero en exponer y defender la orientación de la revolución rusa, luchando contra las interpretaciones antimarxistas, oportunistas, sindicalistas y anarquizantes y planteando correctamente los problemas esenciales de la dictadura proletaria y el papel del partido, defendiendo desde el primer momento que era necesario escindirse del Partido Socialista.

Este grupo defendía el abstencionismo electoral, pero sus conclusiones fueron rechazadas en el II Congreso de la Internacional. No obstante, este abstencionismo no derivaba de los errores teóricos antimarxistas de tipo anarco-sindicalista, como lo demuestran las duras polémicas que mantuvimos con la prensa anarquista. La táctica abstencionista se defendía principalmente en un contexto político de completa democracia parlamentaria, la cual crea particulares dificultades para la conquista de las masas y para que éstas comprendan correctamente la consigna de la dictadura del proletariado, dificultades que pensamos que la Internacional continúa subestimando.

En segundo lugar, el abstencionismo se planteaba en función de la inminencia de aquellas grandes batallas que movilizaron a enormes masas proletarias (circunstancias que hoy ya no se dan), y no como una táctica válida en cualquier momento y lugar.

Con las elecciones de 1919, el gobierno burgués de Nitti abrió una inmensa brecha en la presión revolucionaria, desvió el impulso del proletariado y la atención del partido explotando sus tradiciones de

desenfrenado electoralismo. El abstencionismo de *Il Soviet* a la sazón era la única reacción correcta contra éste electoralismo, verdadera causa del posterior desastre proletario.

Más tarde, en el Congreso de Bolonia (octubre de 1919), la minoría abstencionista fue la única que planteó correctamente el problema de la escisión de los reformistas, y buscó en vano un acuerdo sobre este punto con una parte de los maximalistas, renunciando así a convertir el abstencionismo en un requisito indispensable. Después del fracaso de estos intentos y hasta el II Congreso mundial, la fracción abstencionista fue la única que trabajó a escala nacional para la formación del Partido Comunista.

Era este grupo, pues, el que representaba la adhesión espontánea, según sus propias experiencias y tradiciones, de la izquierda del proletariado italiano a las directivas de Lenin y los bolcheviques, que a la sazón demostraban su validez con la revolución rusa.

3. EL TRABAJO DE LA IZQUIERDA EN LA DIRECCIÓN DEL PARTIDO

Una vez constituido el partido comunista en Livorno (enero de 1921), los abstencionistas hicieron todo lo posible por unirse estrechamente con el resto de grupos que formaban el partido. Si bien para alguno de ellos la escisión con los oportunistas se debía solamente a cuestiones ligadas con las relaciones internacionales, para el grupo de izquierda (y también para muchos otros elementos) existía una completa coincidencia entre las tesis de la Internacional y las enseñanzas de las luchas políticas precedentes. Los abstencionistas renunciaron expresamente, por disciplina, a su postura sobre las elecciones.

En su trabajo, el Centro del partido se inspiró en la interpretación de la situación italiana y en las tareas del proletariado que se han trazado más arriba. Hoy es ya evidente que el retraso en la constitución del partido revolucionario, cuya responsabilidad recae en el resto de grupos, llevó inevitablemente a la posterior retirada del proletariado, fruto ineluctable de aquel retraso.

Para que el proletariado estuviera en las mejores condiciones posibles a la hora de encarar las próximas luchas, el Centro basó su acción en la necesidad de hacer toda clase de esfuerzos para aprovechar el aparato tradicional de las organizaciones rojas, al mismo tiempo que trataba de convencer al proletariado de que no se podía contar con los maximalistas y reformistas, que llegaron a firmar un pacto de pacificación con el fascismo³.

³ El *pacto de pacificación* lo firmaron el 3 de agosto de 1921, siguiendo una iniciativa del presidente del Parlamento (de Nicola), las organizaciones siguientes: el Partido Fascista, la dirección del Partido Socialista, el grupo parlamentario socialista y la Confederación General del Trabajo (dirigida por los socialistas). Expresión del cretinismo democrático de los socialistas, el pacto estipulaba el desarme de los obreros que se enfrentaban a la violencia fascista y a las fuerzas legales de represión. Este pacto merece ser reproducido en sus términos: *“Las partes representadas se comprometen a trabajar para que cesen inmediatamente las amenazas, agresiones, represalias, castigos, venganzas, presiones y violencias personales de toda clase. Los símbolos, emblemas e insignias respectivos serán respetados. Las partes firmantes se comprometen recíprocamente a respetar las organizaciones económicas. Toda acción, todo comportamiento que viole este compromiso y este acuerdo serán deplorados a partir de ahora y serán desautorizados por las diferentes delegaciones. El Partido Socialista italiano declara ser ajeno a la organización y a la acción de los ‘Arditi del popolo’, tal como resulta, por otra parte, del congreso de estos últimos, en el cual se declararon ajenos a todo partido”*.

El partido se declaró desde el principio partidario de la unidad sindical, y después presentó la propuesta de frente único, que culminó en la constitución de la Alianza del Trabajo. Sean cuales sean las opiniones sobre el frente único político, es un hecho que éste era coyunturalmente imposible en la Italia de 1921-22, y que al partido comunista nunca le llegó ninguna invitación a ninguna reunión cuyo objetivo fuera establecer una alianza de partidos. En la reunión convocada por los ferroviarios para constituir la alianza sindical, el partido no intervino para no prestarse a las maniobras que pretendían comprometer la propia Alianza y atribuirle a él la responsabilidad del fracaso; confirmó previamente que aprobaba esta iniciativa y afirmó que los comunistas respetarían la disciplina de esta nueva organización. Luego se produjeron algunos contactos entre partidos políticos, en los cuales, de hecho, el partido comunista no se negó a participar, aunque finalmente fracasaron, demostrando tanto la imposibilidad de llegar a un acuerdo en el terreno de la acción política como el derrotismo del resto de grupos. En el contexto de una retirada, el Centro mantuvo su confianza en la propia clase y elevó la conciencia política de la vanguardia saliendo al paso de las tradicionales maniobras de los grupos y partidos pseudo-revolucionarios. A pesar de los esfuerzos del partido, no se logró una acción general hasta más tarde (en agosto de 1922); pero la derrota proletaria era inevitable. Desde entonces el fascismo, apoyado abiertamente en su lucha violenta por las fuerzas del Estado dirigido por la *democracia liberal*, se hizo el dueño del país, y la “marcha sobre Roma” no hizo más que sancionar su predominio *a posteriori* legal y formalmente.

Llegados a este punto, a pesar de que el campo para la acción proletaria se había restringido, la influencia del partido superaba a la de los maximalistas y reformistas, y este progreso se demostró en los resultados de las elecciones de 1921 y en las grandes consultas que se produjeron luego en la Confederación del Trabajo.

4. RELACIONES ENTRE LA IZQUIERDA ITALIANA Y LA INTERNACIONAL COMUNISTA

El Congreso de Roma (marzo de 1922) puso de manifiesto una divergencia teórica entre la Izquierda italiana y la mayoría de la Internacional. Nuestras delegaciones en el III Congreso y en el Ejecutivo Ampliado de febrero de 1922 reflejaron muy mal estas divergencias, cayendo en el primer caso sobre todo en errores infantiles. Las *Tesis de Roma* constituyen la pertinente liquidación teórica y política de todo peligro oportunista de izquierda en el partido italiano.

En la práctica, la única divergencia con la Internacional se refería a la cuestión de la táctica hacia los maximalistas, pero dicha divergencia parecía superada con la victoria de los unitarios en el Congreso socialista de octubre de 1921.

Las *Tesis de Roma* se aprobaron como una contribución del partido a las decisiones de la Internacional, y no como una línea de acción inmediata; el Centro del partido así lo confirmó en el Ejecutivo Ampliado de 1922, y

El Partido Comunista tomó una posición particularmente nítida frente a este “pacto” y lo denunció enérgicamente. Desde el anuncio de las negociaciones, el Comité Ejecutivo del Partido envió a la dirección del Partido Socialista el telegrama siguiente: “Para impedir todo empleo arbitrario por vuestra parte del nombre de nuestro Partido, os comunicamos oficial y directamente que no participaremos en ninguna reunión de partidos que tenga como objetivo la pacificación o el desarme. Ejecutivo del Partido Comunista, 27 de julio de 1921”.

si en aquel entonces no se abrió la discusión teórica oportuna, fue precisamente por decisión de la Internacional, a la que la dirección se plegó con disciplina.

No obstante, en agosto de 1922, la Internacional no interpretó la situación italiana igual que el Centro del partido, considerando que aquella era inestable debido a que la resistencia del Estado se iba debilitando. Pensó que el partido saldría reforzado si se fusionaba con los maximalistas, argumentando que la escisión entre maximalistas y unitarios era un factor decisivo, mientras que para la dirección del partido lo decisivo eran las enseñanzas de la vasta maniobra de la huelga de agosto (boicoteada por el P.S.I.).

Desde ese momento las dos líneas políticas divergen definitivamente. En el IV Congreso mundial (diciembre de 1922) la dirección de izquierda del partido se opuso a las tesis que prevalecieron allí. Al volver sus delegados a Italia, declinaron unánimemente su responsabilidad en la fusión, la cual se confió a una Comisión, pero continuaron naturalmente con sus funciones administrativas. Se produjeron entonces las detenciones de febrero de 1923 y la gran ofensiva contra el partido. Finalmente, en el Ejecutivo Ampliado de junio de 1923 se destituyó al viejo ejecutivo y se le sustituyó por otro totalmente diferente⁴. Las dimisiones de una parte de los miembros del Centro del partido fueron una simple consecuencia lógica de esta situación. En mayo de 1924, una conferencia consultiva del partido daba todavía una aplastante mayoría a la izquierda frente al centro y la derecha, y así se llegó en 1924 al V Congreso mundial.

5. EL ORDINOVISMO COMO TRADICIÓN DEL CENTRO ACTUAL

El grupo de *L'Ordine Nuovo* surgió en Turín entre algunos elementos intelectuales que se pusieron en contacto con las masas proletarias de la industria, en un momento en que la Fracción Abstencionista contaba ya en Turín con gran audiencia. En la ideología de aquel grupo predominaban unas concepciones filosóficas burguesas, idealistas y croceanas, aunque naturalmente éstas fueron y siguen evolucionando. Este grupo tardó bastante tiempo en alinearse con las directivas comunistas, y lo hizo conservando algunos errores ligados a sus orígenes. Comprendió la revolución rusa cuando ya era demasiado tarde para aplicar positivamente sus enseñanzas a la lucha proletaria italiana. En noviembre de 1917, el camarada Gramsci publicó en el *Avanti!* un artículo en el cual afirmaba que la revolución rusa suponía un desmentido al materialismo histórico de Marx y a sus teorías de *El Capital*, explicando esta revolución de manera esencialmente idealista. La corriente de extrema izquierda, a la cual pertenecía también la Federación Juvenil, no tardó en responder a este artículo.

El desarrollo ulterior del grupo ordinovista, como se puede comprobar leyendo *L'Ordine Nuovo*, se dirigió hacia una teoría del movimiento obrero que no era ni marxista ni leninista. En esta teoría se plantean erróneamente los problemas de la función de los sindicatos y del partido, la cuestión de la lucha armada, la conquista del poder y la construcción del socialismo. En cambio, defiende un concepto de organización no

⁴ En el mes de abril, el Comité Ejecutivo de la Internacional designó una dirección provisional para la sección italiana (cuyos dirigentes estaban en la cárcel), formada por Togliatti, Scoccimarro, Gennari, Tasca y Terracini. En el Ejecutivo Ampliado de junio, la vieja dirección de Izquierda, que todavía estaba en la cárcel, fue acusada de haber provocado con su sectarismo el fracaso de la fusión con los maximalistas de izquierda. La nueva dirección, dirigida por Togliatti, tuvo el apoyo de Moscú por el mero hecho de no oponerse a la unificación. Cuando los dirigentes de la izquierda salieron de la cárcel en el mes de diciembre, no retomaron sus funciones al frente del Partido, ni las retomarían nunca más.

“voluntaria” de la clase trabajadora, sino “necesaria” por sistema y estrechamente ligada al mecanismo industrial productivo capitalista.

Partiendo del delegado de departamento, este sistema debía culminar al mismo tiempo en la Internacional proletaria, en la Internacional Comunista, en el sistema de los Soviets y en el Estado obrero, pasando por el consejo de fábrica, que era una especie de prefiguración de dicho Estado antes de la caída del poder capitalista.

Reivindicando y ejerciendo el control obrero de la producción, este sistema debía asumir la tarea de construir la nueva economía aún estando en la época burguesa.

Luego, esta corriente fue abandonando aparentemente todas las posturas no marxistas de su ideología: utopismo, sindicalismo de sabor proudhoniano, gradualismo económico antes de la conquista del poder, es decir, reformismo, y las fue reemplazando poco a poco por las teorías leninistas, bastante diferentes. Pero si dicha sustitución no fuera aparente y ficticia, el grupo ordinovista no se habría apartado de la Izquierda, cuyas tradiciones convergían espontáneamente con las bolcheviques, ni se habría levantado contra esta corriente, que aportó al movimiento una seria contribución extraída de una experiencia proletaria clasista y no unos ejercicios académicos sacados de los textos burgueses. Por cierto, esto no quiere decir que *L'Ordine Nuovo* no haya aprendido y mejorado gracias a su estrecha colaboración con la Izquierda, rápidamente interrumpida. Así pues, es difícil acoger sin ironía esa pretensión que tienen los líderes ordinovistas de bolchevizar a quienes les pusieron a ellos en la vía bolchevique, en el sentido serio y marxista del término, cosa que no hicieron con procedimientos mecánicos y burocráticos ni con chismorreos.

Poco antes del Congreso mundial de 1920, los “ordinovistas” aún se negaban a escindir el viejo partido y planteaban erróneamente todos los problemas sindicales. El representante de la Internacional en Italia se vio obligado a polemizar con ellos acerca de la cuestión de los consejos de fábrica y de la prematura constitución de los Soviets.

En abril de 1920, la Sección de Turín aprobó las conocidas tesis de *L'Ordine Nuovo*, redactadas por el camarada Gramsci y aprobadas por un Comité compuesto de ordinovistas y abstencionistas. Estas tesis (citadas en la resolución del II Congreso) en realidad expresaban, excepto en lo referente a la cuestión electoral, el pensamiento de toda la Fracción Comunista entonces en formación; no eran una construcción teórica del ordinovismo, sino unas posturas aceptadas claramente desde hacía bastante tiempo por el grupo de izquierda del partido.

Los ordinovistas se unieron durante algún tiempo a la postura de la izquierda respecto a la Internacional, aunque en realidad su pensamiento divergía de las *Tesis de Roma*, tesis que creyeron oportuno aprobar.

El verdadero precursor de la actual adhesión del ordinovismo a la táctica y a la línea general de la Internacional fue el camarada Tasca, que se opuso a la Izquierda en el Congreso de Roma.

Dadas las características del grupo ordinovista, dado su particularismo y su gusto por lo concreto, que en realidad son una herencia de la ideología idealista burguesa, y dado por otra parte que es posible adherirse a la Internacional de manera superficial e incompleta, cosa que consiente el método de dirección de la Internacional,

podemos decir que, sea cual sea la supuesta ortodoxia de la que se reclaman, la adhesión teórica (lo cual es de decisiva importancia para la evolución política real que se avecina) de los ordinovistas al leninismo no vale mucho más que su pasada adhesión a las *Tesis de Roma*.

6.- EL TRABAJO POLÍTICO DE LA ACTUAL DIRECCIÓN DEL PARTIDO

Desde 1923 hasta hoy, el trabajo del Centro del partido, aun teniendo presente la difícil situación en la que se ha desenvuelto, ha ido cayendo en unos errores que se relacionan esencialmente con los que ya hemos indicado acerca del problema internacional; pero en parte se han visto agravados a causa de los desvíos originales propios de la construcción ordinovista.

La participación en las elecciones de 1924 fue un acto político muy acertado, pero no puede decirse lo mismo de la propuesta de acción común que se hizo previamente a los partidos socialistas, ni de la etiqueta de “unidad proletaria” que se empleó para este propósito. También fue deplorable la excesiva tolerancia hacia las maniobras electorales de los “terzini”. Pero los problemas más graves se manifestaron con la crisis que abrió el asesinato de Matteotti.

La política del Centro se basó en la absurda idea de que el debilitamiento del fascismo movilizaría a las clases medias primero, y al proletariado después. Esto equivalía por una parte a desconfiar de la capacidad clasista del proletariado, que permanecía vigilante aun bajo el sofocante aparato del fascismo, y por otra parte a sobreestimar la iniciativa de las clases medias. Además de las claras posturas teóricas marxistas al respecto, la enseñanza central extraída de la experiencia italiana demuestra en cambio que las capas intermedias se dejan arrastrar por uno u otro, siguiendo pasivamente al más fuerte: en 1919-20 al proletariado; en 1921-22-23 al fascismo; hoy, después de un período de ruidosa e importante agitación en 1924-25, siguen de nuevo al fascismo.

El Centro cometió un error al abandonar el parlamento y participar en las primeras reuniones del Aventino⁵, cuando debería haber permanecido en el parlamento, hacer una declaración atacando políticamente al gobierno y posicionarse inmediatamente contra el prejuicio constitucional y moral del Aventino, error que fue un factor determinante en el desenlace de la crisis a favor del fascismo. No hay que excluir la posibilidad de que los comunistas pudieran terminar viéndose obligados a abandonar el parlamento. Pero había que dar un sello propio a este paso, y sólo se podía dar cuando la situación permitiera llamar a las masas a la acción directa. Era uno de esos momentos en los que se decide el desarrollo de la situación posterior. El error, por tanto, fue fundamental y decisivo a la hora de formarse un juicio acerca de la capacidad del grupo dirigente. La consecuencia fue que la clase obrera no logró aprovechar ni el debilitamiento del fascismo ni el clamoroso fracaso posterior del Aventino.

El retorno al parlamento en noviembre de 1924 y la declaración de Repossi fueron beneficiosos, como lo demostró la ola de aprobación proletaria, pero demasiado tardíos. El Centro estuvo vacilando mucho tiempo y sólo se decidió gracias a la presión del partido y de la izquierda. El partido se preparaba mediante unas

⁵ Después del asesinato del diputado socialista Matteotti por los fascistas, los partidos democráticos abandonaron el parlamento, retirándose “al Aventino”.

instrucciones insípidas y una apreciación fantásticamente errónea acerca de las perspectivas de la situación (informe de Gramsci al Comité Central, agosto de 1924). La preparación de las masas, que no se basaba en la perspectiva del fracaso del Aventino, sino en su victoria, se hizo de la peor manera posible, a través de una propuesta a la oposición para formar un Anti-parlamento. Para empezar, esta táctica se apartaba de las decisiones de la Internacional, que jamás consideró la posibilidad de hacer propuestas a los partidos netamente burgueses; además, nos apartaba del terreno de nuestros principios y de la política comunista, así como de la concepción histórica marxista. Al margen de las explicaciones que el Centro daba acerca de los fines y las intenciones que inspiraban su propuesta, que de todos modos tendrían una repercusión muy limitada, ciertamente esta táctica hacía que las masas se ilusionasen con un Anti-Estado cuya supuesta tarea era luchar contra el aparato estatal tradicional, mientras que, según las perspectivas históricas de nuestro programa, la única base para un Anti-Estado la constituye la representación de la única clase productora, es decir, el Soviet.

La consigna del Anti-parlamento, que contaba con el apoyo sobre el terreno de los comités obreros y campesinos, significaba confiar el estado-mayor del proletariado a los representantes de los grupos sociales capitalistas, como Amendola, Agnelli, Albertini, etc.

Además de que era seguro que no se iba a llegar a semejante situación, la cual sólo se puede considerar como una traición, el mero hecho de admitir la perspectiva de esta propuesta por parte de los comunistas significaba violar nuestros principios y debilitar la preparación revolucionaria del proletariado.

Los detalles del trabajo del Centro se prestan a otras críticas. Hemos asistido a un desfile de consignas que no sólo no tenían ninguna posibilidad de realizarse, sino que ni siquiera implicaban una agitación apreciable que saliera fuera del aparato del partido. La consigna central de los comités obreros y campesinos, argumentada de manera contradictoria y confusa, no ha sido ni comprendida ni seguida.

7. LA ACTIVIDAD SINDICAL DEL PARTIDO

Se cometió otro grave error en la huelga metalúrgica de marzo de 1925. El Centro no comprendió que la desilusión del proletariado tras la experiencia del Aventino le impulsaría a emprender acciones clasistas en forma de una ola de huelgas. De haberlo previsto, hubiera podido arrastrar a la F.I.O.M. (Federación Italiana de los Obreros Metalúrgicos) a la huelga nacional (igual que se hizo en la huelga iniciada por los fascistas), a través de la formación de un comité metalúrgico de agitación apoyado en las organizaciones locales, que estaban completamente a favor de la huelga en todo el país.

La orientación sindical del Centro no respondió claramente a la consigna de unidad sindical en la Confederación, a la que debería haber permanecido fiel a pesar de la disolución organizativa de ésta última. Las directivas sindicales del partido reflejaron los errores ordinovistas en lo que respecta a la acción en las fábricas, en las cuales no sólo se crearon o se propusieron múltiples y contradictorios organismos, sino que se dieron a menudo consignas que menospreciaban al sindicato y al mismo tiempo su noción como órgano necesario para la lucha proletaria.

Consecuencia de este error fue el desgraciado acuerdo en la FIAT de Turín, como también la orientación confusa en las elecciones de fábrica, en las que no se planteó correctamente, es decir, en el terreno del sindicato, la cuestión de elegir entre la táctica de las listas clasistas y la de las listas del partido.

8. ACTIVIDAD DEL PARTIDO EN LAS CUESTIONES AGRARIAS Y NACIONALES

En la cuestión agraria la consigna de formar asociaciones de defensa de los campesinos estaba justificada, pero este trabajo se ha conducido demasiado desde arriba, por medio de un comité de partido.

A pesar de las dificultades de la situación, en esta cuestión hay que denunciar el peligro de considerar nuestras tareas de manera burocrática, un peligro que afecta también al resto actividades del partido.

Hay que establecer unas relaciones adecuadas entre las asociaciones de campesinos y los sindicatos obreros, en el sentido de que los asalariados agrícolas deben formar una federación adherida a la Confederación del Trabajo, mientras que entre ésta y la asociación campesina debe existir una estrecha alianza central y local.

En la cuestión agraria debemos evitar toda concepción regionalista o meridionalista, de la cual ya se han manifestado algunas tendencias. Esto se refiere también al problema de la autonomía regional, reivindicada ya por algunos de los nuevos partidos. Hay que combatirlos abiertamente como reaccionarios, en vez de entablar engañosas negociaciones con ellos.

La táctica de buscar una alianza con la izquierda del Partido Popular (Miglioli) y con el partido de los campesinos nos ha traído unos resultados desfavorables⁶.

Una vez más, se han hecho concesiones a políticos ajenos a toda tradición clasista, sin lograr obtener en contrapartida el deseado desplazamiento de las masas y desorientando en parte muchas veces a la organización del partido. También es erróneo sobreestimar el alcance de esa maniobra entre los campesinos cuyo supuesto objetivo es desplegar una campaña política contra la influencia del Vaticano, un problema ciertamente real pero que no se puede resolver adecuadamente de esa manera.

9. EL TRABAJO ORGANIZATIVO DEL CENTRO

Después de la tempestad fascista, el trabajo de reorganización del partido indudablemente dio buenos resultados. Sin embargo, ese trabajo de organización conservó un carácter demasiado técnico, y en vez de asegurar la centralización estableciendo unas normas estatutarias claras y uniformes aplicables a todo camarada o comité local, se trató de llegar a este resultado a través de la intervención del aparato central. Se podía haber hecho más y haber permitido que las organizaciones de base volvieran a elegir sus propios comités, sobre todo en los periodos más favorables de la situación.

⁶ Fundado después de la primera guerra mundial, el Partido Popular dominó, junto con el Partido Socialista, la consulta electoral de 1919 y puede ser considerado como el predecesor de la democracia cristiana actual. El partido de los campesinos formaba parte de él antes de empezar a jugar un papel independiente.

En lo que respecta al aumento de los efectivos del partido y a su posterior disminución, así como la facilidad con que se alejan hoy los elementos reclutados con la misma facilidad durante la crisis Matteotti, queda demostrado que tales hechos dependen del desarrollo de las situaciones, y no de los supuestos beneficios de un cambio en la orientación general.

Se exageraron los efectos y las ventajas de esa campaña de reclutamiento que se lanzó durante un mes⁷. Acerca de la organización de las células de fábrica, el Centro debía aplicar evidentemente las disposiciones generales del Comintern, a las que ya nos hemos referido. Pero esto se hizo de modo no uniforme, discontinuo y con múltiples contradicciones, y sólo después de reiteradas presiones de las bases se llegó a cierta sistematización.

Lo ideal sería sustituir el sistema de secretarios interregionales por un cuerpo de inspectores que establezcan vínculos políticos directos, si no técnicos, entre el Centro y los organismos tradicionales de base del Partido, las Federaciones provinciales. La tarea de los inspectores debería ser principalmente intervenir activamente donde sea necesario reconstruir la organización fundamental del partido, siguiéndola y asistiéndola hasta que sea capaz de funcionar normalmente.

10. EL CENTRO Y LA CUESTIÓN DEL FRACCIONISMO

La campaña que ha llegado al paroxismo durante la preparación de nuestro III Congreso ha sido deliberadamente desencadenada después del V Congreso mundial, no como un trabajo de propaganda y de elaboración de las directivas de la Internacional por parte de todo el partido, tendente a crear una verdadera y útil conciencia colectiva más avanzada, sino como una agitación con miras a lograr del modo más expeditivo y con el mínimo esfuerzo posible que los camaradas renunciaran a sus posturas de izquierda. No se ha considerado si tal método era útil o perjudicial para el partido a efectos de su eficacia respecto a los enemigos externos, sino que sólo se han preocupado de alcanzar a cualquier precio este objetivo interno.

Ya hemos criticado desde el punto de vista histórico y teórico ese falso método consistente en reprimir el fraccionismo desde arriba. En el caso italiano, el V Congreso aceptó la demanda de la Izquierda, que renunciaba así a todo su trabajo de oposición y se comprometía a participar en el conjunto del trabajo del partido, excepto en las tareas de dirección política, al mismo tiempo que reclamaba que cesaran las presiones desde lo alto de las que era objeto. Dicho acuerdo lo rompió el Centro con una campaña que se basó no ya en posturas ideológicas y tácticas, sino en acusaciones de indisciplina a ciertos camaradas, planteándolas en los congresos federales de manera unilateral.

Al anunciarse el congreso, se constituyó un Comité de Entente espontáneamente, para evitar que las reacciones desordenadas de los individuos y los grupos provocaran una dispersión, para canalizar la acción de

⁷ El “mes de reclutamiento” se lanzó inmediatamente después del asesinato de Matteotti, del 15 de agosto al 15 de septiembre de 1925, siguiendo el modelo de la excesivamente famosa promoción del partido ruso denominada “Llamamiento de Lenin” y que había suministrado a la dirección del partido ruso la masa de maniobra que necesitaba contra la Vieja Guardia. Los efectivos del partido italiano aumentaron en 10.000 miembros, cuando a finales de mayo sólo contaba con 12.000 miembros (o 14.000 si se incluye a los *Terzini*).

todos los camaradas de la Izquierda en una línea común y responsable, dentro de los estrechos límites de la disciplina y teniendo en cuenta que los derechos en las consultas del partido estaban garantizados. El Centro aprovechó esta circunstancia y la empleó en su plan de agitación, con el que pretendía presentar a los camaradas de la Izquierda como fraccionistas y escisionistas, camaradas a los que se prohibió defenderse y contra los que se obtuvo la aprobación de los comités federales mediante presiones ejercidas desde lo alto.

Este plan de agitación continuó con una depuración fraccionista del aparato del partido y de los cargos locales, con una particular forma de presentar los escritos de contribución a la discusión y con la prohibición de que los representantes de izquierda interviniesen en los Congresos federales; y culminó en este inaudito sistema de votación que consiste en atribuir automáticamente a las tesis del Centro el voto de los ausentes en la consulta.

Cualquiera que sea su resultado desde el punto de vista de la mayoría lograda, semejante trabajo no ha hecho avanzar, sino que ha dañado gravemente la conciencia ideológica del partido y su prestigio entre las masas. Y si se ha logrado evitar lo peor ha sido gracias a la moderación de los camaradas de la Izquierda, que han soportado semejante martilleo no porque creyesen que estaba mínimamente justificado, sino únicamente por su devoción a la causa del partido.

11. ESQUEMA DE PROGRAMA DE TRABAJO PARA EL PARTIDO

Según la Izquierda, los puntos precedentes contienen las premisas de las cuales se derivan las tareas generales y particulares del partido. Pero es evidente que este problema sólo puede plantearse sobre la base de decisiones internacionales. Por tanto, la Izquierda sólo puede esbozar un esquema de programa de acción para proponérselo a la Internacional para las tareas de su sección italiana.

El partido debe preparar al proletariado para la reanudación de su actividad clasista y para la lucha contra el fascismo utilizando las severas experiencias por las que ha pasado en los últimos tiempos. Al mismo tiempo, debe destruir todas sus ilusiones respecto a los cambios de la política burguesa o la posibilidad de contar con la ayuda de las clases medias urbanas, valiéndose de las experiencias del período liberal democrático para evitar que se repitan las ilusiones pacifistas.

El partido no dirigirá propuestas de acción común a los partidos de la oposición antifascista, ni tampoco desarrollará una política cuyo objetivo sea alejar de esta oposición a una supuesta ala izquierda, o intentar que las posturas de los llamados partidos de izquierda giren más a la izquierda.

Para la movilización de las masas en torno a su programa, el partido establece una táctica de frente único desde abajo, siguiendo atentamente las situaciones económicas para poder formular las reivindicaciones inmediatas. El partido evitará plantear como una reivindicación política central el ascenso de un gobierno que conceda garantías de libertad; no planteará como objetivo de las conquistas de clase la exigencia de “libertad para todos”, sino que tendrá que poner en evidencia que la libertad para los obreros consiste en aplastar la libertad de los explotadores y burgueses.

Al plantearse hoy el grave problema del vaciamiento de los sindicatos de clase y del resto de órganos inmediatos del proletariado, el partido agitará ante todo la consigna de la defensa de los sindicatos rojos tradicionales y su necesario resurgimiento. El trabajo en las fábricas deberá evitar la creación de órganos que sean susceptibles de vaciar la eficacia de las consignas sobre la reconstrucción sindical. Teniendo en cuenta la situación actual, el partido promoverá el funcionamiento de los sindicatos en las “secciones sindicales de empresa”, las cuales, al representar una fuerte tradición sindical, se presentan como los organismos aptos para la dirección de las luchas obreras, que precisamente pueden desarrollarse hoy en las empresas. Se intentará elegir una comisión interna⁸ ilegal para la sección sindical de empresa, a la espera de poder remplazar de nuevo esta comisión interna por un organismo elegido por todo el personal de la empresa.

En lo que respecta a la organización en el campo, nos remitimos a cuanto se ha dicho a propósito de la cuestión agraria.

Habiendo utilizado al máximo todas las posibilidades de organización de los grupos proletarios, se deberá recurrir a la consigna de los Comités obreros y campesinos respetando los siguientes criterios:

a) la consigna de la constitución de los Comités obreros y campesinos no se lanzará al azar de vez en cuando, sino que se impondrá con una enérgica campaña cuando el giro de la situación ponga en evidencia ante las masas la necesidad de un nuevo encuadramiento, o sea, cuando se pueda identificar con una clara consigna de acción del proletariado, y no con una simple consigna de organización;

b) el núcleo de los Comités deberá estar constituido por los representantes de los organismos conocidos tradicionalmente por las masas, aunque estén mutilados por la reacción, tales como los sindicatos y organismos análogos, excluyendo a los delegados políticos;

c) luego se podrá lanzar la consigna de elección de los Comités; pero habrá que dejar claro en el primer periodo que estos no son los Soviets, o sea, los órganos del gobierno del proletariado, sino la expresión de una alianza local y nacional de todos los explotados por la defensa común.

En cuanto a las relaciones con los sindicatos fascistas, que hoy ya no se presentan ni siquiera formalmente como asociaciones voluntarias de las masas, sino como verdaderos órganos oficiales de la alianza entre la patronal y el fascismo, hay que rechazar en general la consigna de penetrar en ellos para disgregarlos. La consigna de la reconstrucción de los sindicatos rojos debe acompañarse de una denuncia de los sindicatos fascistas.

Las medidas organizativas que hay que adoptar dentro del partido ya se han indicado parcialmente. En la situación actual, deben satisfacer ciertas exigencias que no se pueden tratar aquí (clandestinidad). Sin embargo, es urgente formularlas sistemáticamente en unas claras normas estatutarias obligatorias para todos, con el fin de evitar la confusión entre un sano centralismo y la ciega obediencia a unas disposiciones arbitrarias y heterogéneas que ponen en peligro la solidez del partido.

⁸ Fundadas después de la primera guerra mundial, las *comisiones internas* eran órganos de lucha dentro de las empresas, elegidos por el conjunto de los obreros, sindicados o no.

12. PERSPECTIVAS DE LA SITUACIÓN INTERNA DEL PARTIDO

La situación interna de nuestro partido desde el punto de vista político y organizativo no puede solucionarse definitivamente en un marco nacional, sino que depende tanto del desarrollo de la situación interna como de la política de toda la Internacional. Los dirigentes nacionales e internacionales cometerán un grave error y una verdadera falta si continúan empleando contra la Izquierda ese método insensato de las presiones desde arriba y si siguen reduciendo el complejo problema de la doctrina y la política del partido a una cuestión de conducta personal de los militantes.

Dado que la Izquierda permanece firme en sus posiciones, a los camaradas que no tienen intención de renunciar a esas opiniones se les debe ofrecer la posibilidad de comprometerse lealmente en una atmósfera libre de maniobras y acusaciones recíprocas, es decir, la posibilidad de ejecutar las disposiciones de los órganos del partido y de renunciar a todo trabajo de oposición, sin obligarles a que participen en el trabajo de dirección. Es evidente que esta propuesta demuestra que la situación no es perfecta, pero sería peligroso que el partido creyera que estos inconvenientes pueden desaparecer con simples y mecánicas medidas organizativas o con posturas personales. Quien difunda estas esperanzas comete un grave atentado contra el partido.

Para evitar realmente este envenenamiento de la atmósfera del partido y poder conducirlo hacia la superación de todas las dificultades a las que tiene que hacer frente hoy, hay que acabar con esta mezquina forma de abordar el problema y plantearlo en toda su dimensión ante el partido y la Internacional.